



LAS CAUSAS DEL SUEÑO.

Entre los numerosos enigmas de la vida que el hombre se ha acostumbrado á considerar como cosas que se explican por sí mismas y cuya solución parece hallarse aplazada indefinidamente á los ojos del más curioso observador, ocupa un preferente lugar la desaparición periódica de la actividad intelectual superior, es decir, el problema de las alternativas de la vigilia y el sueño.

Desde hace siglos se trabaja en la solución de este problema; pero son muy pocos los materiales que se pueden utilizar, si se pone en práctica la máxima de Morgagni: *Non numerande sed perpendendæ observationes*.

La fenomenología del sueño humano cuenta ciertamente con un buen número de observaciones, y sobre el sueño invernal de muchos animales se han hecho algunas experiencias interesantes. Pero el punto capital de la cuestión, es decir, la etiología, el estudio de las causas del sueño, son, por decirlo así, desconocidos todavía.

Verdad es que este estudio se ha hecho difícil por la falta de crítica. Desde Hipócrates, efectivamente, han confundido los autores, sin establecer distinciones convenientes, los sueños producidos artificialmente por medio de toda clase de narcóticos, los diferentes estados mórbidos asfícticos, soporosos, soñolientos, hasta la muerte aparente, en fin, con el sueño del hombre, reparador, periódico, normal, en una palabra, el sueño fisiológico.

La leyenda mitológica hacía de Eudymion la personificación del Sueño, el hijo de la Noche, el hermano gemelo de la Muerte, estrechando al mundo entero con los mismos lazos, insinuándose igualmente entre los dioses que entre los hombres, reposando sobre el monte del Olvido, y le daba, entre otros atributos, la adormidera. Este error se ha conservado á través de los siglos en la ciencia médica. Pero hoy ya se sabe que el envenenamiento por el opio es una cosa completamente distinta del sueño normal, y debemos establecer una diferencia absoluta entre el sueño natural y el sueño artificial. Aquí sólo trataremos del primero, y únicamente en lo que concierne al hombre y á los animales superiores.

El exámen crítico de las opiniones sobre las causas del sueño normal, sobre esas causas llamadas

causæ proximæ et remotiores, no merece el trabajo que costaría seguirle en medio de una infinidad de escritos.

Nos limitaremos á consignar un corto número de esas opiniones. Aristóteles y Galeno se contradicen uno á otro, y el segundo acaba por confesar francamente que ignora en absoluto la causa del sueño.

Autores más recientes, de ménos buena fe y ménos prudencia, han emitido, hasta en los últimos tiempos, las más aventuradas hipótesis. Lo mismo se achaca el sueño á la sequía que á la humedad, á una alteración del bazo que á un aumento ó una disminución de la masa sanguínea en el cerebro, á una compresión de este órgano que á un colapso de sus ventrículos. Unos creen en una acumulación de ácido carbónico, y otros en un abatimiento de los nervios.

Juan Argenterins, que escribió en 1560 una obra más rica en palabras que en ideas sobre el sueño y el estado de vigilia, considera la disminución «del calor innato» como la causa del adormecimiento natural; lo cual parece de mayor sensatez en todos los casos que la hipótesis más moderna de que el sueño dependa de un estado de excitación del cerebro.

Por otra parte, la fantasía fisiológica llegó á su apogeo en 1818. En aquella época, un joven médico intentó con la mayor seriedad del mundo establecer una teoría según la cual el sueño era una explosión debida á «la combinación en el cerebro de la electricidad positiva y la electricidad negativa.»

Si á pesar de tan considerable número de hipótesis emprendemos la tarea de fundar una nueva teoría de las causas del sueño, es porque ninguna de esas hipótesis ha llegado á obtener la aprobación de los jueces competentes.

Ninguna de las opiniones emitidas hasta hoy explica el sueño como una manifestación consecutiva á otras ya conocidas. Todas ellas empiezan por admitir un punto de partida que no está demostrado; ninguna se hace cargo suficientemente de los hechos bien establecidos.

Nosotros adoptamos como base ese hecho de constante experiencia, respecto al cual parecen hallarse unánimemente de acuerdo cuantos se han ocupado de la cuestión: el de que tanto el abatimiento corporal como el abatimiento intelectual tienen por natural consecuencia el sueño normal. Esto no puede negarse. El abatimiento de los órganos de los sentidos, es decir, de la vista y del oído; el abatimiento del cerebro, preceden al sueño. Del

mismo modo que los aparatos sensoriales son los órganos terminales periféricos de los nervios sensitivos, así los músculos pueden ser considerados, morfológica y fisiológicamente, como los órganos terminales periféricos de los nervios motores. Y como, además, las células ganglionarias deben ser consideradas como los órganos nerviosos terminales centrales, se puede deducir de una manera general que el sueño fisiológico sobreviene cuando los órganos terminales del sistema nervioso se encuentran abatidos.

Nuestro punto de partida, que es la hipótesis fundamental, exige que cada operación intelectual vaya unida á un activo consumo de oxígeno, por parte del *substratum*, en el cerebro. Ninguna manifestación motriz, ninguna sensación y hasta ninguna percepción, cualquiera que sea su territorio sensorial; ninguna pasión, sea en estado de primera chispa ó en el de llama ya desarrollada; en una palabra, ninguna manifestación de actividad cerebral puede producirse sin que el oxígeno, llevado por la sangre al cerebro, sea consumido por las células ganglionarias. Cuando estas células carecen de sangre, se extingue la actividad cerebral que constituye la conciencia, la atención se paraliza y la voluntad y el pensamiento enmudecen; todo como durante el sueño. Si, por el contrario, se verifican estas acciones psíquicas, es que no falta oxígeno en las células ganglionarias.

Este aserto no ha sido comprobado todavía por investigaciones directas; pero está en camino de serlo. Su verosimilitud ha sido expuesta con sencillez, á nuestro juicio, sin ninguna ambigüedad, por Alejandro de Humboldt en 1797, en su célebre «Memoria sobre la irritabilidad de las fibras musculares y nerviosas, con consideraciones sobre los fenómenos químicos de la vida en el reino animal y el vegetal.» En un notable pasaje de esta obra dice precisamente que aunque el pensamiento no sea ni una operación química, ni el resultado de una conmoción mecánica, no parece antifilosófico admitir «un movimiento ó descomposiciones químicas en el órgano de la razón,» coexistente con el pensamiento. Durante «estas actividades sensoriales» se consume mayor cantidad de oxígeno en el estado de vigilia que en el de sueño. En efecto, durante las reflexiones muy absorbentes circula más sangre en el cerebro, absolutamente lo mismo que sucede respecto á los vasos musculares durante los esfuerzos físicos. Así, una masa considerable de sangre arterial, rica, por consiguiente, en oxígeno, sube por las carótidas á la cabeza y vuelve al corazón en estado de sangre venosa, es decir, habiendo perdido su oxígeno. Este debe, pues, haber sido retenido por el cerebro, utilizado para las oxidaciones.

De los análisis que hemos hecho resulta que no

hay tejidos en el organismo, á excepción tal vez del hígado, que tomen tanto oxígeno de los glóbulos como la sustancia cerebral, ni que provoque tan rápidamente su segregación, aún en temperatura poco elevada. Bajo este punto de vista químico, el cerebro se encuentra en igual caso que el músculo, porque este, ya se sabe, quita también mucho oxígeno á la sangre que por él pasa. Por otra parte, si se ligan los vasos que conducen á una glándula, ó los que desembocan en un músculo, aquella detiene su función secretoria y este sus contracciones. De igual modo suspende el cerebro su trabajo, en parte, cuando las dos carótidas se ligan ó comprimen. También está reconocido que después de grandes pérdidas de sangre sobreviene fácilmente la soñolencia. Que en este último caso sea la falta de oxígeno la causa principal de la disminución de la actividad cerebral, de la actividad sensorial lo mismo que de la actividad motriz, es lo que resulta con más probabilidades de los experimentos en que se provoca, sin ligadura de vaso y sin sangría, semejantes manifestaciones, de modo que la oxigenación de la sangre por el contacto del aire sea recogida en los pulmones: esto es lo que sucede, por ejemplo, cuando se sustituye el oxígeno del aire con el ácido carbónico,—ó para evitar cualquiera complicación tóxica con el azoe,— que aumenta progresivamente en un espacio respiratorio artificialmente cerrado. En estas circunstancias no se produce convulsiones, sino únicamente el sueño ó un estado análogo; después la muerte real sigue á la muerte aparente, si no se cuenta con algún socorro.

Tales experiencias hemos hecho en los años 1872 y 1873. Los animales respiraban lenta y continuamente, con el aire, crecientes cantidades de gas que reemplazaban al oxígeno. Todos los fenómenos de excitación cesaban de producirse, y las funciones cerebrales se iban extinguiendo gradualmente como al principio del sueño. Los individuos asfixiados de este modo vuelven en sí también gradualmente, cuando se les suministra el oxígeno de nuevo, siempre como el sueño fisiológico.

Por diferentes que sean las causas de la inacción del cerebro en estos experimentos de las del sueño natural, el hecho de sobrevenir gradualmente esa inacción por consecuencia de la supresión progresiva del oxígeno, es un fenómeno fácil de comprobar en ambos casos.

Resulta de todo esto que casi no hay duda posible respecto á la necesidad de una provisión de sangre rica en oxígeno para sostener la actividad cerebral en el estado de vigilia. Todos los actos psíquicos en que toma parte la atención, exigen combinaciones químicas fijas del oxígeno que la sangre lleva á las regiones cerebrales. Cuando falta el oxígeno, sea por consecuencia de la pobreza de

la sangre que afluye, sea por efecto de una disminución en la cantidad que queda de ella por otras regiones de una composición normal, entónces la atención se extingue. Hay pérdida del conocimiento y sueño.

De aquí surge la cuestión de saber si el sueño periódico, natural, se produce de la primera manera ó de la segunda; es decir, de saber si en el sueño la cantidad de sangre y, por consiguiente, de oxígeno destinados á las células ganglionarias, se disminuye, ó si dichas células reciben únicamente una proporción menor de oxígeno sin disminución en el aflujo sanguíneo, por consecuencia del empobrecimiento de la sangre en oxígeno.

Como no es posible admitir que la sangre arterial en circulación durante el sueño contenga menos oxígeno que en el estado de vigilia, la cuestión en este caso debe plantearse así: la cantidad de oxígeno necesario para la producción de los actos intelectuales, que la sangre lleva al cerebro, ¿no será utilizada para otra función que durante el estado de vigilia? ¿Cómo se verifica esto? O bien, ¿afluye menos oxígeno al cerebro durante el sueño, porque circula entónces menos sangre que durante la vigilia?

Ninguna de estas alternativas se considera de ordinario como absolutamente establecida, porque todavía hoy se contradicen las experiencias.

Creemos, sin embargo, que los resultados experimentales, en cuanto nos son conocidos, por lo menos, pueden ponerse de acuerdo. Solo las interpretaciones se contradicen.

Algunos autores de otros tiempos, Marshall-Hall, el gran Haller y muchos otros después de ellos, creían que el cerebro se hallaba con mucha abundancia de sangre durante el sueño, y que las venas, también repletas de sangre, determinaban una compresión de aquel órgano.

Otros, por el contrario, como Blumenbach, admitían una disminución de la cantidad de sangre en el cerebro durante el sueño. Durham (1860) ha visto en animales trepanados, en los que se habían embutido placas de vidrio entre los huesos del cráneo, que la superficie del cerebro se ponía pálida después de haber sido roja. Afirma que en el sueño profundo se produce no la abundancia de sangre, pero sí la disminución por efecto de la contracción de las arterias, y que esta disminución en el aflujo sanguíneo al cerebro es la causa del sueño.

¿Tendría razón Blumenbach, y con él muchos autores que sostienen todavía la misma opinión?

En realidad ninguno de los dos partidos la tiene.

La primera opinión no ha podido alegar en su favor ninguna experiencia; el aumento de la repleción de los vasos no ha sido hasta ahora comprobado durante el sueño natural, sino únicamente afirmado.

La otra opinión se apoya, es cierto, en muchas experiencias evidentes, según las cuales los pequeños vasos se reducen realmente hasta borrarse todo indicio de su existencia. Pero, en nuestro concepto, todos esos casos no se refieren más que á los letargos artificiales, obtenidos, por ejemplo, con auxilio del cloroformo, ó á estados soporosos de origen patológico. Con el cloroformo es como Durham ha hecho sus experiencias en la ilustrada Inglaterra; y entónces, como ahora, se necesitaba mucho valor para practicar una vivisección sin agentes anestésicos. Los experimentadores que han estudiado á los trepanados, fuera de esas intervenciones (las del cloroformo) y de esas anomalías (los estados patológicos), no han visto jamás sobrevenir de una manera regular, ya la dilatación, ya la reducción de los vasos del cerebro y de sus membranas; solo han comprobado el crecimiento y la disminución de origen respiratorio del cerebro, y las pulsaciones de este órgano, descubiertas por Realdo Colombo en el siglo XVI. Roelen, en 1849, y Valentin han sido los que han hecho buenos experimentos sobre este punto. Valentin llegó á trepanar marmotas sumergidas en el sueño universal, sin que se despertaran hasta que él lo hizo después. Según esto, los vasos del cerebro no cambian de aspecto; era imposible al menos comprobar la reducción regular.

Por regla general, todos los hechos conocidos concernientes á este asunto, nos inducen á participar de la opinión ya emitida por Lenhossek, de que el sueño natural, normal, no puede consistir en el aumento ni en la disminución del aflujo de la sangre al cerebro. Es verdad que las abundancias y las faltas de sangre de origen artificial, y los aumentos ó las disminuciones correspondientes del líquido céfalo-raquídeo en el cerebro, pueden ocasionar estados soñolientos; pero no se trata aquí de esos estados. En este exámen de las causas del sueño natural, se debe partir, pues, con preferencia de que durante dicho sueño no hay disminución ni aumento de la provisión del oxígeno de los glóbulos que suministran las arterias al cerebro. Pero entónces, según lo que precede, solo falta admitir que el oxígeno tiene otro empleo en el sueño que en el estado de vigilia. Se preguntará seguramente: ¿cuál es ese empleo? Y nosotros contestamos que, durante la vigilia, las fibras musculares y las células ganglionarias fabrican ciertas sustancias que no existen donde están en cantidad muy pequeña en el estado de reposo, pero que se producen y se acumulan tanto más rápidamente cuanto mayores son los esfuerzos y más intensa es la actividad sensorial. Estos productos de la actividad muscular y de la actividad cerebral, es decir, los productos del abatimiento, son fácilmente oxidables, y, á falta de excitación, se apoderan del oxígeno para oxidarse ellos

mismos: hé aquí, en nuestra opinion, lo que tiene lugar durante el sueño. Cuando la oxidacion y, por consiguiente, la desaparicion de las secreciones del abatimiento, que se podrian llamar sustancias *ponogenas* (del griego πόνος, fatiga), llega á un grado considerable, bastan ligeras excitaciones para que las células ganglionarias recobren su actividad; entonces se despierta.

Si estos materiales se acumulan de nuevo durante el estado de vigilia, disminuye la excitabilidad, la posesion de sí mismo se hace más difícil de sostener y sobrevienen el abatimiento y el sueño, á no ser que fuertes excitaciones impidan al oxígeno arrojarse sobre las sustancias *ponogenas* para destruirlas. En el estado de vigilia, es en efecto precisamente el oxígeno lo que se utiliza para el sostenimiento de la actividad muscular, así como también para las funciones psíquicas.

Tal es la base de la nueva teoría. Cabe, pues, por el pronto, asegurar que los productos que nosotros llamamos sustancias *ponogenas* se forman realmente y se acumulan en la sangre; y luego, que estos productos obran produciendo el sueño.

El primer punto está demostrado hace muchos años; el segundo ha sido comprobado por nuestros experimentos.

En 1807 ya había descubierto Berzelius, en el músculo muerto, el ácido sarcoláctico ó láctico; lo encontró en mucha mayor proporción en los músculos de la caza fatigada, y en menor cantidad en los músculos paralizados que en los de los animales sanos.

En 1850 hizo constar Bois-Reymond, en un célebre trabajo sobre la reacción de los músculos vivos, que ésta era neutral con tendencia al alcalinitado en los músculos en reposo, y ácida en los músculos tetanizados. En el intervalo, reconoció Liebig una cantidad más grande de creatina en la carne de los animales salvajes que en la de los animales sedentarios y domesticados.

En 1845 estableció Helmholtz que el músculo tetanizado encierra más sustancias volubles en el alcohol y menos sustancias solubles en el agua, que el músculo en reposo. Así se hallaban fundadas las bases de la química muscular: durante la contracción, tienen lugar descomposiciones químicas, por consecuencia de las cuales se producen ciertas combinaciones, á expensas unas de otras. Juan Ranke confirmó y dió más extensión á estos descubrimientos, demostrando que el músculo, durante su trabajo, acumulá en sí mismo los productos de su actividad, especialmente el ácido láctico y la creatina. Por regla general, el ácido láctico no se encuentra en el músculo sano y vivo, y en el descanso.

Ya sabemos que se ha intentado demostrar por otro camino que se verifica iguales transformacio-

nes químicas durante el trabajo. Muchos experimentadores han establecido que las excreciones del organismo no son las mismas después de un trabajo muscular exagerado, que en el estado de reposo. Pero por más que se haya discutido con calor sobre la naturaleza de esas modificaciones, lo que no puede negarse es su realidad. Por lo demás, la exageración de la excreción del ácido carbónico por el pulmón durante el trabajo, es indudable. Por último, en 1858, demostró C. Bernard, y Ludwig y Sczelkow lo confirmaron por análisis cuantitativos, que el músculo en trabajo abandona más ácido carbónico á la sangre y le sustrae más oxígeno que el músculo en reposo.

Ninguna duda se puede ofrecer sobre este punto: en el estado de actividad se verifican, en los músculos que contienen sangre, fenómenos de desasimilación más activos que en el estado de reposo. Por lo tanto, durante la más alta expresión del reposo, durante el sueño, puede muy bien producirse una eliminación de aquellas sustancias, engendradas durante el período de actividad, bajo la forma de la oxidación. Si dichas sustancias han sido acumuladas antes de empezar el reposo, disminuirán en la misma medida. Que el mismo fenómeno se produzca en los órganos nerviosos centrales y acaso también en los nervios periféricos, es una cosa completamente verosímil, por más que no haya sido probada en absoluto.

También se discute aún sobre la producción de ácido en los nervios durante su actividad, y nuestras indagaciones dejan dudosa la cuestión de saber qué reacción puede ofrecer el contenido del nervio vivo. Sin embargo, no se trata aquí de los nervios en toda su extensión, sino únicamente de sus aparatos terminales; y sobre esto tenemos un hecho descubierto por Bois-Reymond, que adquiere grande importancia: el cambio de la reacción neutral en reacción ácida de los órganos eléctricos, después del abatimiento, en el momento de morir el animal. Pero el hecho capital es que el cerebro y la médula, sobre todo las células ganglionarias y los gangliones del gran simpático, no sólo presentan, según las averiguaciones de Gscheidlen, una reacción ácida, sino que contienen un ácido fijo, que probablemente debe ser el ácido láctico, cuando se examinan dichos órganos después de la muerte del animal, ó sea después de un período de actividad. Es verdad que los descubrimientos son todavía contradictorios respecto á saber si la producción de ácido aumenta en las células ganglionarias cuando éstas pasan del estado de reposo al de actividad, es decir, cuando despierta el cerebro.

Para dilucidar esta cuestión, no se debería tetanizar dichos órganos por medio de la electricidad, sino indagar, tratar de conocer la reacción de las

más diversas partes del cerebro, en los animales trepanados, tanto mientras duermen como cuando están despiertos; experiencias, sin duda alguna, practicables. La falta de animales únicamente, nos ha impedido llevarlas á cabo.

En resumen, con arreglo á los precedentes datos, que se contradicen continuamente, la cuestion de la reaccion de los nervios queda en esto: la produccion de ácidos es posible bajo la influencia del abatimiento, y probablemente en el momento de la muerte, así en los nervios cilindráceos, fáciles de colorear por el carmin, de los nervios periféricos, como en la sustancia gris del cerebro.

En cuanto á los resultados obtenidos por otros autores para fundar una *psicoquímica* en la indagacion de las modificaciones, de las excreciones del organismo bajo la influencia de esfuerzos intelectuales sostenidos, tienen poco valor. Se ha encontrado en el hombre un aumento de la cantidad de ácido fosfórico y de ácido sulfúrico excretados despues de una exagerada actividad cerebral. Pero estos datos no han sido confirmados, y, por regla general, semejantes resultados quedan siempre dudosos. Por otra parte, en el caso presente se trata, ante todo, no de saber si el movimiento nutritivo se modifica en el momento de un trabajo intelectual extremadamente exagerado, sino de si difiere entre el estado de vigilia y el sueño.

Todo lo que sabemos sobre los fenómenos químicos respectivos de los órganos en funcion y en reposo, nos induce á admitir diferencias. Pero, hasta hoy, no se pueden dar pruebas, que se apoyen en hechos experimentales, de la necesidad de la exageracion de las acciones químicas, cuando los actos psíquicos son más activos.

W. PREYER,

Catedrático de la Universidad de Iena.

(Concluirá.)

LA POESÍA HORACIANA EN CASTILLA.

(Continuacion.)

XI. *

D. Leandro Fernandez de Moratin dejó como lírico escasa fama, por faltarle ciertas condiciones de las que atraen y subyugan la admiracion y el aplauso. Y sin embargo, sus *Poesías sueltas*, que apenas han obtenido otros elogios que los de Hermosilla, son modelos clásicos insuperables. Táchanlas de frias y secas, negándolas por ende todo merecimiento, y no ven los que tal dicen que en el reino de la poesia hay muchas coronas, y que no está reserva-

da la última al artista laborioso y concienzudo que trabaja con exquisita perfeccion la forma externa. Yo admiro á Moratin como lírico, y no tengo reparo en confesarlo. Pocos versos hay en castellano que reproduzcan tanto como los suyos el eco de la musa latina. El númen inspirador de Inarco, así en las odas y epístolas como en el teatro, era el *gusto*, gusto de sobra estrecho, es verdad, pero sano, purísimo y acrisolado. No abunda en pensamientos originales y enérgicos, ni en emociones vivas, pero de aquí á decir que le falta toda poesia, hay gran distancia. Poesía de diction y de estilo la tiene siempre, y no con intermitencias como otros de su tiempo, aunque entren en cuenta los más célebres salmantinos. Y esa poesia es siempre de buena ley, sin que se observen jamás en Moratin las declamaciones frenéticas, el ostentoso aparato de figuras retóricas, y las tiradas rimbombantes y ampulosas en que se complacian Cienfuegos y el mismo Quintana, dicho sea sin mengua de tan gran nombre. Siempre serán fuera de tono é hijas de un entusiasmo facticio salidas de este tenor, que quieren pasar por raptos pindáricos:

Libre, sí, libre, ¡oh dulce voz! Mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el númen que me agita
De tu sagrada inspiracion henchido,
A la region olímpica me eleva,
Y en sus alas flamígeras me lleva.
¿Dónde quedais, mortales
Que mi canto escuchais?...

Esto es equivocar el vuelo lírico con la hinchazon y la bambolla; y sin embargo, este pasaje está en la oda *Á la Imprenta*. No es mi intento, sin embargo, comparar poeta con poeta. El uno es un gran lírico, igual á los mayores del mundo todo; el otro un literato elegante y correctísimo, pero no muy inspirado. Lo que sí afirmo es, que Moratin comprendió mejor que nadie de su tiempo en España la austera sobriedad del gusto clásico, y que mereció bien de nuestras letras oponiéndose dura é inflexiblemente al *panfilismo* y al *magüerismo* de Cienfuegos, á su afectacion continua y á su frase neológica, y dando ejemplos de tersura y limpieza de lenguaje, de modestia y sencillez en el pensamiento, de bruñida y acicalada versificacion. Nadie habia manejado en España como él el verso suelto, y hoy mismo nada hay que exceda á pasajes como este de la bella *Elegía á las Musas*:

Yo ví del polvo levantarse audaces
A dominar y á perecer tiranos,
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.

* Véanse los números 176, 177 y 178, págs. 37, 68 y 109.

Vi las fraternas armas nuestros muros
 Bañar en sangre nuestra, combatirse
 Vencido y vencedor, hijos de España,
 Y el trono desplomándose al vendido
 Impetu popular. De las arenas
 Que el mar sacude en la fenicia Gádes
 A las que el Tajo lusitano envuelve
 En oro y conchas, uno y otro imperio,
 Iras, desórden esparciendo y luto,
 Comunicarse el funeral estrago.
 Así cuando en Sicilia el Etna ronco
 Revienta incendios, su bifronte cima
 Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
 Turba el Averno sus calladas ondas,
 Y allá del Tibré en la ribera etrusca
 Se estremece la cúpula soberbia
 Que al vicario de Cristo da sepulcro...

Los más hermosos versos sueltos italianos, los de Parini, Monti ó Hugo Fóscolo, no tienen más armonía que éstos. Y la expresion de Inarco es donde quiera robusta y sostenida. En la parte de lenguaje es modelo intachable.

Su pensamiento es siempre poético, aunque pocas veces nuevo. ¿Pero tienen más originalidad otros líricos muy celebrados? Ciertamente que son vulgares las ideas expresadas en las epístolas *Á Jove-Llanos* y *Á un ministro sobre la utilidad de la historia*, pero ¿no pueden pasar por vulgaridades la mayor parte de las cosas que se han dicho y escrito en el mundo? ¿Qué grandes intuiciones históricas habíamos de pedir á un poeta académico y árcade del siglo XVIII? Basta que pensase bien y escribiese noblemente. Las ideas de Moratin, aunque pocas y nada originales, tienen la ventaja de ser claras, precisas y exactas, y de no haber envejecido, al revés de los vagos presentimientos y trasnochadas filosofías del grupo salmantino.

Dicen que Moratin carece de afectos. Tiénelos, sin embargo, aunque reposados y dulces, en su teatro, y tiénelos de la misma clase en sus versos líricos. Tiene entre otros, no sé si propio ó prestado, el sentimiento religioso en los dos primorosos cánticos *La Anunciacion*, y *Los Padres del limbo*, y en la oda *Á la Virgen de Lendinara*. Ningun poeta del siglo pasado hizo nada que se pareciera á esto. Son versos de una pureza y una dulzura inimitables. Si Moratin fué volteriano, lo cual dudo mucho al leer estas y otras composiciones suyas, es fuerza confesar que sus facultades de asimilacion eran portentosas. El último de esos cantos es en la forma *horaciano* y de la escuela de Francisco de la Torre:

Madre piadosa, que el lamento humano
 Calma, y el brazo vengador suspende,
 Cuando al castigo se levanta, y tiembla

De su amago el Olimpo.
 Ella su pueblo cariñosa guarda,
 Ella disipa los acerbos males
 Que al mundo cercan, y á su imperio prontos

Los elementos ceden.

Basta su voz á conturbar los senos
 Donde, cercado de tiniebla eterna,
 Reina el tirano aborrecido, origen
 De la primera culpa.

Basta su voz á serenar del hondo
 Mar, que los vientos rápidos agitan,
 Las crespas olas, y romper las nubes
 Donde retumba el trueno.

Ó ya la tierra con rumor confuso,
 Suene, y el fuego que su centro oculta
 Haga los montes vacilar, cayendo

Los alcázares altos;

Ó ya, sus alas sacudiendo negras,
 El Austro aliento venenoso esparza,
 Y á las naciones populosas lleve

Desolacion horrible.

Ella invocada, de el sublime asiento
 Desde donde á sus piés ve las estrellas,
 Quietud impone al mundo, y los estragos

Cesan, y huye la muerte...

-Todos los razonamientos del mundo no bastarán á persuadirme que ésta es pobre y despreciable poesía, precisamente por ser muy correcta, muy acabada en la estructura. No le ha de dañar á Inarco su propia perfeccion, ni pasaron jamás por mérito la negligencia y el desaliño. ¡Lástima que sean pocas las odas de Moratin! La dedicada *Á Nísida* es tal, que parece traducida de Horacio:

¿Ves, cuán acelerados,
 Nísida, corren á su fin los dias?
 Y los tiempos pasados
 En que jóven reías,
 ¿Ves que no vuelven, y en amor porfías?
 Huyó la delicada
 Tez, y el color purísimo de rosa,
 La voz, y la preciada
 Melena de oro undosa;
 Todo la edad lo arrebató envidiosa.
 ¡Ay! Nísida, y procuras
 Ver á tus piés un amador constante...
 En vano es el adorno
 Artificioso, y la oriental riqueza
 Que repartida en torno
 Corona tu cabeza,
 Si falta juventud, gracia y belleza...

No es ménos *latina* la oda *Á los colegiales de San Clemente de Bolonia*, de artificio métrico graciosísimo:

¿Por qué con falsa risa
Me preguntais, amigos,
El número de lustros que cumpli...

En el mecanismo de la versificación adelantó mucho Moratin, gracias al estudio de los poetas italianos. En la elegía *A la muerte de Conde* el movimiento animado y verdaderamente lírico de las estrofas contrasta con la pobreza rítmica y las escabrosidades y tropiezos con que solían versificar los salmantinos en *silva* perenne:

Desde que el cielo airado
Llevó á Jerez su saña
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael,
Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel.

No quisiera citar la oda en elogio del marisca Suchet, porque honra poquísimo el patriotismo de Moratin; pero si mencionaré la bella elegía *A la marquesa de Villafranca* que, con ser imitación del *Non semper*, llega á confundirse con él en algunos pasajes.

Pensó Moratin haber añadido una nueva cuerda á la lira española con los versos que empiezan:

Id en las alas del raudo céfiro...

llamados por Hermosilla *asclepiadéos*, pero donosamente advirtió Gallego que tal metro no era otra cosa que la reunión de dos pentasílabos semejantes á los usados por Iriarte en su fábula *El naturalista y las lagartijas*, y aún hizo una parodia de ellos no poco chistosa:

RECETA.

Toma dos versos de á cinco sílabas
De aquellos mismos que el buen Iriarte
Hizo en su fábula lagartijera.
Forma de entrambos un solo verso,
Y esto repítelo según te plazca.
Mezcla, si quieres, que es fácil cosa,
Algun esdrújulo de cuando en cuando;
Con esto sólo, sin más fatiga
Harás á cientos versos magníficos,
Como estos míos que estás leyendo.
Así algun día los sabios todos,
Los Hermosillas del siglo próximo,
Darán elogios al digno invento,

Ora diciendo que son exámetros
Ó asclepiadéos, ora que aumentas
Con nuevas cuerdas la patria lira,
No hallando en Córdoba laurel bastante
Con que enramarte las doctas sienas.

Las sátiras de Moratin han alcanzado más general aplauso que sus odas. Todas son horacianas. La *Lección poética* vencida en concurso por la de Fornér ante la Academia Española, supera mucho á la obra premiada en igualdad y gusto, sobre todo después que su autor la corrigió (con rigor tal vez nimio) y redujo á menores proporciones, en los últimos años de su vida. *El filosofastro* empieza con una pintura cómica muy feliz, y acaba con una briosa invectiva. La epístola *A Andrés* es un centon de neologismos tomados de poetas salmantinos, frases no todas censurables, mas sí, combinadas del modo que el maligno censor las presenta. Casi todos los romances de Moratin son, á pesar de su forma, sátiras horacianas.

En la epístola moral rayó Moratin á la altura de Fernandez de Andrada, acercándose mucho más que él á Horacio. Véase este retazo, y dígase si el poeta de Tibur escribiría de otra suerte en castellano:

..... En vano al sueño
Invoca en pavorosa y luenga noche;
Busca reposo en vano, y por las altas
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.
¡Oh tú del Ártas vagaroso humilde
Orilla, rica de la mies de Céres,
De pámpanos y olivos! Verde prado
Que pasta mudo el ganadillo errante,
Áspero monte, opaca sombra y fría.
¿Cuándo será que habitador dichoso
De cómodo, rural, pequeño albergue,
Templo de la amistad y de las Musas,
Al cielo grato y á los hombres, vea
En deliciosa paz los años míos
Volar fugaces. Parca mesa, ameno
Jardín, de frutos abundante y flores,
Que yo cultivaré, sonoras aguas
Que de la altura al valle se deslicen,
Y lentas formen trasparente lago
A los cisnes de Vénus, escondida
Gruta de musgo y de laurel cubierta,
Aves canoras revolando alegres,
Y libres como yo, rumor suave
Que en torno zumbe del panal hibleo,
Y leves áuras espirando olores;
Esto á mi corazón le basta... Y cuando
Llegue el silencio de la noche eterna
Descansaré, sombra feliz, si algunas
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan...

¿Era ó no poeta el que de esta suerte atinó con la pureza, no á todos revelada, del arte pagano?

Moratin fué cabeza de un grupo literario en que abundaron más los filólogos y humanistas que los poetas. Melon, Estala, Hermosilla, Tinéo y algunos más, señalados por la erudición ó por la crítica, figuraron en ese bando.

No perteneció á él, pero tampoco al salmantino, el célebre repentista Arriaza, ingenio poco clásico y cultivado, aunque agudo y donairoso versificador. Siguiendo con indecisión los rumbos de la crítica y del gusto por aquellos días, Arriaza hizo algun ensayo de poesía hasta cierto punto *horaciana*, aunque teniendo á la vista más que á Horacio, á sus imitadores castellanos. Una de las piezas suyas más señaladas en este género es *La profecía del Pirineo*, cuyo título sólo revela el propósito de imitar á Fr. Luis de León y á Valbuena. Hay en esta oda, gallardamente versificada, estrofas tan nutridas y valientes como esta:

Mira en háces guerreras

La España toda hirviendo hasta sus fines,

Batir tambores, tremolar banderas,

Estallar bronces, resonar clarines

Y áun las antiguas lanzas

Salir del polvo á renovar venganzas...

En la sátira literaria, que Arriaza cultivó con predilección y buen éxito, tiene tal cual rasgo horaciano. Tradujo la *Poética* de Boileau, que ya habían intentado nacionalizar Alegre, Madramany y algun otro.

Marino como Arriaza, y como él de ingenio zumbon y chancero, fué el distinguido historiógrafo y erudito D. José de Vargas Ponce. La única poesía que le ha sobrevivido es su chistosísima *Proclama del solteron*, sátira en cierto modo horaciana, pero de carácter muy español y castizo, rica de donaires y de sales, y escrita con hechicero desenfado. Don Juan Nicasio Gallego tuvo cuidado de pulir y alinear la versificación, al principio dura y descuidada, de esta *Proclama*. Entre los demas ensayos poéticos de Vargas, que son medianísimos, hay una epístola á D. Angel de Saavedra, despues duque de Rivas; incitándole á escribir un poema épico, epístola que fué contestada con otra, harto mejor, ambas inéditas hasta el presente año (1).

A la escuela que pudiéramos llamar *de Moratin* pertenecieron sólo dos poetas: D. Dionisio Solís y D. Manuel Norberto Perez del Camino. El primero, más conocido como dramático, tiene entre sus versos líricos alguna epístola en endecasílabos sueltos,

(1) *Poetas líricos del siglo XVIII*, tomo III. Colección ordenada é ilustrada por D. Leopoldo A. de Cueto. (Tomo LXVII de AA. Españoles.)

imitación feliz de las de Inarco, y una ó dos odas en el estilo de Francisco de la Torre. Véanse estas estrofas:

Pues á tí, Cloë mia,

A tí ofrece la madre primavera

La luz del nuevo día,

La rosa placentera,

La clara fuente, y áura lisonjera.

Vuélvete al cielo, y mira,

Vuelve los ojos hácia el fértil suelo,

Y todo amor respira

Que con rápido vuelo

Hinche ligero el mar y tierra y cielo.

Perez del Camino es, despues de Búrgos, el traductor más afortunado de los poetas latinos que dió esa generación literaria. Él trasladó á lengua y poesía castellanas los versos de Catulo, las elegías de Tibulo y las *Geórgicas* virgilianas. Mas sus obras originales son bastante inferiores á las versiones, con haber entre las primeras algunas de mérito más que mediano. De sus odas horacianas sirva de modelo la dedicada á *Galatea*, en que hay algunas estrofas regulares:

Antes que el fuego de tus ojos viera,

Cual jóven pino, de la selva gloria,

Tal se ostentaba con altiva frente

Bello y lozano...

Si dichas guarda la benigna Diosa

Al blando pecho que agradece y ama,

Que el ponto airado la engendró en su seno

Prueba el ingrato.

Escribió Perez del Camino tres sátiras dedicadas á Moratin, á quien dice en la epístola nuncupatoria:

Dame tu sal, tu gusto peregrino

Digno del Parthenon, digno del Lácio;

De tu cítara dame el son divino,

Y la España también tendrá su Horacio.

Los asuntos de dos de estas sátiras, de sabor asáz volteriano, son *La falsa devoción* y *La intolerancia*. Por lo demas, están bien escritas, aunque les falta el nervio de Quevedo ó la severa austeridad de los Argensolas. El autor mismo reconoce que no le llevaba su genialidad por este camino.

De dulce natural formado he sido,

Más qué para decir duras verdades,

Para cantar los hurtos de Cupido.

La *Poética* de Perez del Camino, há poco reimpre-

sa en esta ciudad de Santander, es su obra maestra, aunque la doctrina no ofrezca novedad grande, siendo, como ya advirtieron los Sres. Cueto y Laverde, *la de Boileau y su escuela en toda su pureza*. Pero como poema supera bastante al de Martínez de la Rosa. De la riqueza de su estilo y gallardía de su versificación da muestra el pasaje que á continuación trascibo, por ser imitación, tan libre como afortunada, de uno de la *Epístola ad Pisonem*:

¿Qué no alcanza la lira sonora
Cuando regala blanda los oídos?
La misma religion su majestuosa
Voz adornó con métricos sonidos:
En ellos á la plebe pavorosa
Del númen los oráculos temidos,
Llena del santo horror que la agitaba,
La Pithia sobre el trípode exhalaba.

La misma religion de esta manera
Del canto proclamaba el son potente.
Movi6 en tanto á la gloria lisonjera
De Aquiles el cantor la griega gente:
Su Musa que honrará la edad postrera,
Sonora celebrando y elocuente
De los antiguos héroes las acciones
A pueblos y caudillos dió lecciones.
Hesiodo, preceptor de labradores,
En versos exhaló su zelo caro,
Y cantando del campo las labores,
Pródigo supo hacer el suelo avaro:
Píndaro aseguró á los vencedores
Del polvoroso circo nombre claro,
Y del grave Lucrecio en la armonía
Oír nos dió su voz Filosofía.

Así amor, así honores soberanos
En la tierra las musas alcanzaron,
Y aromas en sus aras pías manos
Del Ródope al Pirene derramaron,
Ni vivieron oscuros los humanos
A cuyo ardor la cítara fiaron:
Legislador, filósofo, profeta,
Un objeto de culto fué el poeta.

Era en plazas y templos admirada
Su lira y en las cámaras reales:
Un poeta de Alcino en la morada
Canta á Ulises sus hechos inmortales;
Un poeta á Penélope, asaltada
Por el loco furor de cien rivales,
Consuela con su canto melodioso
Del largo apartamiento de su esposo.

Aun de las hiperbóreas regiones
El bronco ferocísimo guerrero
El halago de armónicas canciones
En el festin amaba placentero:
De la lira de Ossian los blandos sonos
Calmaban de su pecho el ardor fiero,

Si de Morvén lloraba la ruina
Ó la temprana muerte de Malvina.

Trozos parecidos pueden entresacarse de casi todos los cantos del poema.

Pero despues de Moratin nadie acertó tan completamente con la poesía horaciana como el insigne lírico catalán D. Manuel de Cabanyes, muerto en la flor de sus años, el de 1832. Extraño y nuevo parecerá este nombre á muchos de nuestros lectores, ya que raros caprichos de la suerte han querido que permanezca olvidado, al par que han alcanzado no poco renombre ingenios de las primeras décadas de este siglo, muy inferiores á él en todo. Cabanyes tenía lo que faltó á Moratin; ideas, sentimientos y vida poética propia. Imitaba los modelos antiguos con la libertad del verdadero genio lírico. Su educación literaria fué rica, fecunda, y para aquel tiempo muy variada. Conocía y admiraba las obras de los corifeos del romanticismo, especialmente á Byron, de quien, por lo ménos desde 1823, había en Barcelona noticia, pero eligió por modelos á Horacio, Luis de Leon, Alfieri, *Francisco Manoel* ó séase *Filinto* (de quien más adelante he de hablar con extensión) y quizá Hugo Fóscolo, al cual en muchas cosas se parece. Gustoso aprovecho esta ocasión de renovar la memoria del *Andrés Chenier catalán*, pero aquéjame el temor de volver á tratar asunto ya magistralmente estudiado por el doctísimo Milá y Fontanals. Como quiera que sea, apuntaré algo de tan excelente horaciano, uno de mis vates predilectos, remitiendo á quien desee más noticias y juicios más profundos y acabados al artículo que con el rótulo de *Una página de historia literaria*, antecede á las *Producciones escogidas* de Cabanyes (Barcelona, 1858.)

Cabanyes no juzgó oportuno dar á la estampa más que 12 odas con el título de *Preludios de mi lira*. (Barcelona, 1832.) Todas entran rigurosamente en el género horaciano, á excepcion quizá de la última, titulada *Colombo*, que es un canto lírico ó *carme* por el estilo de *Los sepulcros* de Fóscolo. En todas ellas, á excepcion de una, prescindió su autor de la rima, anheloso de acercarse á la pureza helénica.

Abre la serie *La independencia de la poesía*, oda de asunto literario, en que la personalidad poética y moral del escritor aparece vigorosa y de resalto. Alma sencilla y modesta, pero de recio temple, de antes quebrar que torcer, indignase (con indignación un poco retórica) contra Horacio por sus adulaciones á Augusto, y describe en bellas y animadas estrofas el carácter, nunca desmentido por cierto, de su propia poesía:

Como una casta ruborosa vírgen

Se alza mi Musa, y tímida las cuerdas
Pulsando de su arpa solitaria

Suelta la voz del canto.

¡Léjos, profanas gentes: no su acento
Del placer muelle, corruptor del alma,
En ritmo cadencioso hará süave

La funesta ponzoña!

¡Léjos, esclavos, léjos: no sus gracias
Cual vuestro honor, traficanse y se venden,
No sangri-salpicados techos de oro

Resonarán sus versos.

Cabanyes, en general puro y correcto, es á veces atrevido, pero con felices atrevimientos, en el lenguaje. El penúltimo verso lo demuestra. Y sigue justificando nuestro lírico su ausencia de galas y primores rítmicos:

Fiera como los montes de su patria,
Galas desecha que maldad cobijan...

Sobre sus cantos la expresion del alma

Vuela sin arte: números sonoros

Desdeña y rima acorde: son sus versos

Cual su espíritu libres...

La estrofa de Francisco de la Torre, usada en esta oda, es una de las predilectas de Cabanyes. Tomóla quizá de la oda de Moratin *A la Virgen de Leudinara*, ó más bien, segun creo, de las composiciones portuguesas de Correa Garçao y Filinto, en cuya lectura parece empapado.

El poeta que tan alta idea tenía de su arte no había de hacerle descender á los triviales asuntos, tan de moda en el siglo pasado, ni emplearle tampoco fastidiosamente en idénticos temas. Sus odas ofrecen gran variedad de tonos y argumentos, dignos y elevados siempre. Maldice al Oro en el segundo de sus *Preludios*, y maldícelo por una manera del todo horaciana, que recuerda las invectivas á la navegacion y á la audacia de los hombres; y como maestro en la disposicion lírica alude oportunamente á la conquista de América:

¡Joya fatal, jamás te ornara, oh madre!

El modo como en esta pieza se combinan los versos sueltos

Pacto infame, sacrílego,

Con el Querub precito celebrara...

trae á la memoria una traduccion de Horacio hecha por Herrera y varias composiciones lusitanas.

Superior á esta oda es la tercera *Al cólera morbo-asiático*, singular por el asunto y algunos detalles,

pero rica de valientes rasgos en medio de sus desigualdades.

El final, relativo á la guerra civil portuguesa, es rápido y de primer orden:

Ya aullando

Sobre tus torres, oh Ulysea, vagan

Las furias de Montiel y las de Tébas.

La oda cuarta, poco interesante por el motivo, dado que se reduce á una felicitacion de dias, escribióse despues de una lectura del *Donarem pateras* de Horacio, cual lo indica el mismo Cabanyes en su epigrafe, y lo prueban además estos versos:

Índicas telas y chinescos vasos

Y candelabros de oro reluciente

Tu amigo ausente, en prenda de cariño,

Darte quisiera...

En las demas estrofas hay asimismo reminiscencias venusinas.

Vienen despues unos endecasílabos *A Cintio*, composicion admirable y amarguísima, del género de Leopardi, cuyos cantos de seguro no conocía el ignorado poeta de Villanueva de Geltrú.

La penosa impresion que tales versos dejan en el ánimo disípase en presencia de *La Misa Nueva*, verdadero *himno sacro* digno de Manzoni, aunque compuesto en forma horaciana. Adoptó para él Cabanyes el asclepiadeo moratiniano combinado con su hemistiquio agudo, lo cual produce un movimiento lírico desusado. Para las ideas empapóse derechamente en el Nuevo Testamento, dando de este modo á su poesia un carácter de dulce majestad, muy diverso del sublime y arrebatado que ostentan las inspiradas por objetos de la ley antigua. De la belleza incomparable de *La Misa Nueva* den testimonio estas estrofas:

¡Ah! no le olvida, y un hijo escógese

Entre sus hijos, á cuya súplica

Cuando en los áridos campos marchítese

La dulce víd,

Romperá el seno de nubes túrgidas,

Y hará de lo alto descender pródiga

Lluvia que el pecho del cultor rústico

Consolará.

Un hijo escógese cuyas plegarias

Tornarán mansa la eterna cólera,

Cuando ceñido de piedra y rayo

Asolador,

Sobre las alas del viento lóbregas

Volará el justo contra los réprobos,

Y só sus plantas truenos horrisonos

Rebramarán.

Bien como el arco, señal de calma
 Que de los montes la yerma cúspide
 Une á las altas salas espléndidas
 Do mora el sol,
 Así él la tierra, mansion de angustias,
 Juntará al trono de Dios ingénito,
 Y humanas preces bondoso el Númen
 Escuchará...

Así está escrita toda la oda, incluso la conclusion, que no hallo violenta, separándome en esto sólo, y quizá con error, de la opinion del Sr. Milá, quien por lo demás considera esta pieza como una de las cuatro obras maestras del poeta.

Es asimismo uno de los ejemplos más palpables de cuán bien se une la forma clásica con el espíritu cristiano en manos de un artífice diestro.

Creuyendo con el docto crítico citado que son cuatro las obras maestras del poeta, me permito contar en este número la oda *A mi estrella*, superior en conjunto á *La Independencia de la poesia* y bajo todos aspectos una de las composiciones más perfectas, geniales y características del vate letano:

¡Salve, luz de mi vida,
 Guadora gentil de mi carrera,
 Estrella mia, salve!
 Largo tiempo mis ojos te han buscado:
 En el zafir celeste
 Clavados largo tiempo, á tus brillantes
 Hermanas preguntaron,
 ¡Ay! y á su voz ninguna sonreía.
 Mas tú... yo te conozco,
 Y tú me escucharás, Ninfa del Éter;
 Sobre tus áureas alas
 A tu mortal descende que te implora,
 Y así de su destino
 La ley sobre su frente, con un rayo
 De tu corona escribe:
 «Ciencias vanas que el alma ensoberbecen
 Y el corazon corrompen,
 Favor de plebe y dones de tiranos
 Este mortal desprecia.....
 ¡Hombres! pensad, mas permitid que piense,
 Dejad pasar su carro,
 Que no él al vuestro impedirá que marche.
 De vuestra fantasía
 Los ídolos amad: él nada anhela
 De lo que amais vosotros.
 Del corazon en el altar, do tiene
 Pocos nombres inscritos,
 Arde una llama pura, inmensa, eterna,
 ¡Hombres, ella le basta,
 Nada quiere de vos más que el olvido!»

¡Qué dignidad y qué encantadora dulzura! ¡Qué hombre y qué poeta! ¡Y esto lo escribía un estudiante muerto á los 25 años, que pasó olvidado y desconocido su corta y laboriosa vida, sin que ninguna voz viniese á alentarle, sin que sospechase nadie que en un cuaderno anónimo, publicado en Barcelona, se ocultaba el alma de un gran poeta, capaz de rejuvenecer la antigüedad y de infundirla un aliento nuevo, como Chenier, como Fóscolo, como Leopardi, como Swinburne! Y en una época que se jactaba de clasicismo, muchas veces falso y de segunda mano, nadie paró mientes en aquel jóven catalan á quien parecía haber transmigrado el alma de Horacio. Quintana le conceptuó superior á cuantos entónces hacían versos en España, lo cual no era elogio grande, por cierto, tratándose de 1830. Pero Herosilla, sin reparar que Cabanyes era en la forma el discípulo más fiel de aquel Moratin por él tan alabado, le trató como á un principiante de buenas disposiciones, y se dignó dirigirle impertinentes reparos gramaticales. Y ciertamente que si Herosilla hubiera sentido de veras la belleza clásica, cuyos ejemplares conocía bien como filólogo, hubiérale faltado valor para sus censuras, después de leído este pasaje de la misma oda:

¡Yo lo veré con llanto,
 Pero mi pecho latirá tranquilo!
 Del Ida allá en la cumbre,
 Así al Saturnio el gran cantor nos pinta,
 El áspera refriega
 Contemplando de Téucros y de Aquivos.
 Caen los héroes: rojas
 Con la sangre las limpidas corrientes:
 El Janto y Simois vuelcan,
 La faz llorosa y suplicantes manos
 Al Olimpo dirigen
 Las dárdanas esposas y las madres,
 De las Deidades mismas
 El feliz corazon palpita inquieto,
 Y calma goza eterna
 El padre de los hombres y los Dioses!

Esta maravillosa imágen de la serenidad olímpica esta reproduccion, en pequeña escala, de uno de los grandes cuadros de Homero, ¿no entusiasmaban al traductor de la *Iliada*?

La oda *A Marcio*, escrita en dodecasílabos combinados, con su hemistiquio agudo de esta suerte:

Por la angosta senda de Garraf riscoso
 Corcel desbocado dirigir sin riendas,
 Ó por las furentes olas del Egeo
 Barquilla regir...

es composicion bastante singular y extraña. Imita

en partes el *Delicta majorum* y otras odas de Horacio; pero amalgama estas imitaciones con recuerdos nacionales, y termina con la jura en Santa Gadea, un poco afectadamente descrita. No se acomoda fácilmente á andar en versos horacianos *el que en buen hora nació*.

La oda *Al Estío* tiene estrofas de primer orden por la rapidez y el número:

Hacia tí con deseos criminales
La su vista de águila volviera
Entónces de las Galias
El domador, cual mira
Hambriento azor en la región del éter
La que va á devorar tímida garza.
¡Astro del Orion! hermoso brillas
En las noches de Otoño; mas tu lumbre,
Nuncio de tempestades
Llena de luto el alma
Del labrador, que en torno al duro lecho
Enjambre ve de nudos parvulillos.
Mensajera de mal la estrella Julia
Así de Italia apareció en el cielo...
¡Qué frases tan horacianas: *nudos parvulillos, estrella Julia (sidus Julium!)* ¡Qué lírica es la transición de la segunda estrofa

¡Astro del Orion, hermoso brillas!

Lo que se echa de ménos en esta pieza, es suficiente enlace entre sus partes.

Distinto es el lunar de la ingeniosa oda intitulada *Mi navegacion*. La alegoría no es bastante clara, como ya advirtieron Hermosilla y Milá. Pero altas ideas, generosos sentimientos y bellas estrofas compensan bastante tal defecto.

Á ménos de transcribirla íntegra, no es posible dar dea de la dulcísima poesía erótica, que comienza:

Perdon, celeste vírgen,
Si á tus honestos labios
Arrebaté de amor costoso un sí;
Si á tu inocente pecho,
Si á tus sueños tranquilos
Turbé la calma plácida: perdon...

Estos versos, únicos de amores que publicó el poeta, son la más íntima y quizá la más acabada de sus producciones. No se concibe mayor pureza de sentimiento y de expresión.

Y cuando al fin mi espirtu
Las odiadas cadenas
Rompa, que le atan al arcilla vil,
Y sus alas despliegue
Y á volar se aperciba

A la eterna mansion del Sumo Bién;
¡Ángel mio! en los coros
Yo esperaré encontrarte,
Que himnos santos entonan al Señor;
Y á tan plácida idea
Sobre el muriente labio
Sonrisa celestial florecerá...

Nada diré del *Colombo*, que no es obra propiamente horaciana. En la última edición de Cabanyes figuran, (además de sus traducciones de una homilía de San Juan Crisóstomo, y de la *Mirra* de Alfieri), varias poesías inéditas y no coleccionadas, por desdicha en corto número. Hay entre ellas dos odas horacianas, inferiores en conjunto á las que el autor publicó, pero bastantes á acreditarle si ellas faltasen.

Tambien cultivó Cabanyes la epístola al modo de Horacio. Tres suyas conocemos, bastante inferiores á sus odas, pero llenas de hermosos versos.

Harto me he detenido en la conmemoracion y juicio de las obras de este poeta excelente; hartas muestras he presentado con el solo fin de excitar á su lectura á los verdaderos amantes de nuestra musa lírica. Para conocer á Cabanyes es preciso leer, y no una vez sola, esa serie de áureos fragmentos, cuyas bellezas no son de las que hieren y deslumbran á ojos profanos. Su patria no se acuerda de ese purísimo ingenio que Roma y Atenas hubieran adoptado por hijo suyo. Para él no ha llegado la posteridad todavía. Unos pocos admiradores y paisanos del poeta se han deleitado con sus delicadísimos versos: del Segre acá no le conoce nadie.

XII.

Retrocedamos un tanto para seguir los progresos de la escuela sevillana en su glorioso renacimiento, comenzado á fines del siglo XVIII, y continuado en los primeros años del presente.

No pertenece á nuestro objeto estudiar las causas de aquel movimiento de restauracion *herrerreriana*, ni describir tampoco el lamentable estado de las letras andaluzas cuando los poetas y críticos de Sevilla comenzaron su tarea. Sabido es todo esto, gracias á los excelentes trabajos del Sr. Cueto, historiador sagaz y eruditísimo de nuestra poesía del siglo XVIII. A mi, fiel cronista de la imitacion horaciana, sólo me toca considerar en la escuela *neohispalense* este parcial aspecto. Los esfuerzos de Olavide y Jove-Llanos, primero; los de Fornér, más tarde, fueron animando el mar muerto de la cultura sevillana hasta producir en la juventud académica cierta generosa emulacion, que se manifestó primero con la fundacion de la *Academia Horaciana*, por Arjona y Matute, y un poco más tarde, hácia

1793, con el establecimiento de la *de Letras Humanas*, cuya influencia fué poderosa y duradera. De allí data la moderna escuela sevillana, que aspiró y aspira á ser prolongacion de la antigua de los Hererras, de los Arguijos y de los Riojas. No es hora de discutir tan nobles propósitos; basta dejar sentado que el moderno grupo literario de la capital de Andalucía tiene propios timbres de nobleza, aunque en muchas cosas se aleje, por influjo de los tiempos, de sus antiguas tradiciones.

Pecó la escuela de Sevilla por demasiado *escuela*; dió importancia excesiva al lenguaje poético, y cayó por ende en el amaneramiento; mas dejó buenos ejemplares de aquella especie de poesía artificial y académica, entónces en boga, sin contar con que alguno ó algunos de sus miembros tenían verdadero ingenio lírico, y lo manifestaron en diversas ocasiones. La pléyade poética hispalense compúsose, como es sabido, de Nuñez, Roldan, Castro, Arjona, Reinoso, Blanco y Lista. Poco tengo que decir de los tres primeros. Nuñez fué poeta bíblico y *herre-riano*, y el indulgente entusiasmo de sus compañeros púsole en predicamento más alto del que merecía. De Roldan, grande escriturario, autor d *El Angel del Apocalipsi*, hay una odita horaciana *Al natal de Filis*, bastante linda, aunque de ningun interes por el asunto. Mejor es otra de Castro titulada *El Arroyuelo*, aunque sin novedad alguna en el pensamiento, pecado capital de los poetas sevillanos.

Exceptúo, sin embargo, á Arjona, el más lírico de todos ellos, y el más horaciano de nuestros vates, despues de Moratin y de Cabanyes. *La Diosa del Bosque*, *La Gratitud*; la oda *A la memoria*, son tres joyas clásicas, en especial la primera y la última. ¡Quién no recuerda las brillantes y ligeras estrofas que principian:

Hija del cielo, bella Mnemosina,
Que de Jove fecunda,
Diste la vida á Clio en la colina
Que eterna fuente inunda,
Si yo algun dia te adoré en el ara
Que el pincel sobrehumano
Del vencedor de Apéles te elevara
En el jardín Albano,
Báñame, ¡oh diosa! en tu esplendor risueño,
Que abrasa y no devora,
Y rico de tu don, mire con ceño
Cuanto Cresos atesora...

La Gratitud tiene bellos rasgos de estilo y morbidez grande de versificación:

¡No ves, bien mio, las purpúreas flores
Sentir las leyes á que tú has cedido?
Aun esos troncos desmayar de amores
Hace Cupido.

Amor es alma de que el orbe vive,
Autor celeste del ardor fecundo
En que las auras de su sér recibe
Plácido el mundo...

Pero á estas dos composiciones supera mucho *La Diosa del Bosque*, calificada por Hermosilla de *magnífica y sin el menor descuido en el estilo ni en la versificación*. Es, además, notable por lo gracioso de arteficio métrico, inventado por el autor y no seguido por nadie, que yo sepa:

¡Oh! si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la célica hermosura,
Que ví algun dia en inmortal dulzura
Este bosque bañar,
Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lúcida belleza:
Deja, pues, Diosa, que mi grato incienso
Arda sobre tu altar,
Que no es amor mi tímido alborozo,
Y me acobarda el rígido escarmiento
Que, ¡oh Piritóo! castigó tu intento
Y tu intento, Ixion...

Esta deidad invocada por el poeta es el símbolo de la serenidad y armonía clásicas,

Imágen perfectísima del orden
Que liga en lazos fáciles el mundo...

Otras odas horacianas hay en la coleccion de Arjona. Citaré la que comiienza

No siempre lanza el enojado cielo
El fiero rayo de la nube horrenda...

las estrofas truncadas

Arbitro excelso á cuya voz el mundo
Nacer la serie de los siglos mira...

la oda *Á San Fernando*, y en otro género *El himno á Afrodita*:

Tambien á tí en estos sitios,
Elevaremos altares,
Diosa de tierras y mares,
Dulce madre del amor...

Odas morales tiene varias en metros cortos.

De nuestra frágil vida
Las glorias desaparecen
Más tenues ¡oh Licino!
Que el vientecillo leve...

Entre todos sus compañeros de la Academia Sevillana, Arjona fué quien más veces acertó con el clasicismo puro, y quien menos llegó á amanerarse en el estilo. Pruébanlo *Las Ruinas de Roma*, poema excesivamente didáctico, artificioso y erudito, pero casi libre de las afectaciones *herrerianas*, y rico en primores de buena ley; y testificanlo más aún las odas ya citadas, varios idilios y composiciones sueltas sobremanera geniales y espontáneas, y algunas imitaciones de Fr. Luis de Leon, bastante afortunadas. En la sátira y en la epístola, que cultivó algunas veces, raya sólo á mediana altura, aunque mostrándose siempre más ó menos horaciano.

No menor celebridad que el ilustre penitenciario de Córdoba, aunque por causas diversas, obtuvo su amigo D. José María Blanco-White. Su nombre y obras, más que á este libro, pertenecen á otro en que al presente también me ocupo, la *Historia de los heterodoxos españoles*. Blanco era prosista eminente, pero sólo mediano poeta. Algunas de las composiciones de su primera época son horacianas, especialmente la oda que principia:

Torna del año la estacion amena,
Y ya el agudo hielo
Del monte al valle corre desatado...

y la consolatoria á *Fileno* (Reinoso) en la muerte de *Norferio* (Forner). Estas trasmutaciones ridículas de los nombres propios eran comunes en la poesía del siglo pasado y comienzos del presente. La obra maestra de Blanco, como lírico, es *Los placeres del entusiasmo*, canto de materia estética, prolijo en demasía, pero elegante y bien versificado. Mas yo prefiero una breve oda horaciana, que compuso nuestro descaminado sacerdote ya en los últimos años de su vida, el 28 de Enero de 1840, en Liverpool. No es afectada y palabarrera, como casi todos los versos de White en su primer período:

¡Qué rápido torrente,
Qué proceloso mar de agitaciones,
Pasa de gente en gente,
Dentro de los humanos corazones!...

Mas se enfurece en vano
Contra la roca inmóvil del destino,
Que con certera mano
Supo contraponerle el Sér divino...

No así el que sometido
A la suprema voluntad, procura
El bien apetecido
Sin enojado ardor y sin presura.

¡Deseo silencioso,
Fuera del corazón nunca expresado!
Tú eres más poderoso

Que el que aparece de violencia armado.
Cual incienso suave
Tú subes invisible al sacro trono,
Sin que tus alas grabe
La necia terquedad ni el ciego encono...

Aquí no hay afectaciones ni aparato de escuela. ¡Y qué interés tienen estas graves sentencias en boca de Blanco, quien, precisamente por no ajustarse á ellas, había apostatado de su religion y de su patria, y moría olvidado y mal querido en tierra extraña! Sólo dos veces acertó aquel gran escritor con la inspiracion poética, en la oda citada y en el soneto inglés *Mysterious night*, calificado por Coleridge de *una de las cosas más delicadas que posee la lengua británica*.

No era Reinoso mucho más poeta que Blanco, por más que hayan alcanzado no pequeña celebridad *La inocencia perdida* y algunas de sus odas. El fundamento real de la gloria de Reinoso está en el *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria*, como la fama de Blanco estriba en las *Letters from Spain*, que publicó bajo el pseudónimo de Doblado. Por lo demás, las poesías de Reinoso, casi siempre afectadas, monótonas y de poco agradable lectura, abundan en altas ideas, propias del claro y luminoso entendimiento de su autor, y son modelos intachables de lenguaje y de versificación. Es el más *herreriano* y el menos natural de los vates de Sevilla. Hizo algunas odas horacianas, como la dirigida á *Albino* (Blanco), sobre *la firmeza de la virtud*, y otro á *Licio*, acerca de *los vanos deseos*, escritas las dos en 1796. Ambas son ejemplos del empeño que tenía Reinoso en recargar de adornos y quitar su sencillez y frescura á lo que tomaba de los clásicos:

Su heredad mira el labrador ufano
Ya del dorado grano
Más que los libios campos coronada,
Mas luégo al prado ameno,
De rosa aljofarada
Cubierto en copia rica,
Vuelve los ojos, de tristeza lleno,
Porque no en su provecho fructifica.
Brilla trémulo el mar en extendido
Sulco, cuando torcido
Manda el rayo, subiendo por la esfera,
La luna silenciosa;
Mas Fábio en la ribera
Suspira desvelado,
Porque le aparta la region dichosa
Do yace el metal rico sepultado.

Quien recuerde con qué naturalidad y sin aparato de imágenes ni figuras retóricas expresa Horacio esas mismas ideas en su sátira primera, entenderá

cuán lejanos del clasicismo andaban estos y otros imitadores de la musa latina.

Las dos epístolas *A Silvio* y *A Albino*, únicas que escribió Reinoso, corresponden también á su más antigua manera, pero exceden bastante á las odas citadas, quizá porque el género, como más templado y filosófico, se acomodaba mejor á la índole del poeta. Los endecasílabos sueltos de la primera pueden servir como dechado:

En tanto le prepara en limpia mesa
Sóbrio manjar la diligente esposa;
Ciñela en torno de sabrosos frutos,
Aun de la flor nativa guarnecidos.
Y cuando arde el lucero, que al ganado
En los rediles cierra, ante la choza,
A par de su marido reclinada,
Embelesados miran cuál se mueve
Tras delgado celaje el bello Arturo
De esmaltadas figuras rodeado
Que silenciosas tras Calixto giran...

En la que llamamos *segunda manera* de Reinoso, ganó su estilo en precisión y nervio, acercándose un poco más (siempre artificialmente) á la rapidez lírica. Tal nos le muestran unos sáficos dedicados á Lista en 1829, y mejor aún las odas elegíacas en que lloró la muerte de Cean Bermudez y la de Sotelo. Gallardo criticó, tan áspera como injustamente en lo general, la primera. De la segunda son las estancias siguientes:

De lo futuro en el dudoso abismo
Juzga el viviente ciego
Las horas entrever de su ventura;
Llegan, huyen, se llevan su esperanza,
É iluso en nuevas horas la afianza.
¡Ah! no la alcanzará; que el bien soñado
Se desliza impalpable
Como fosfórea luz en noche oscura:
Siempre ansioso de goces, nuevos séres
Busca para gozar nuevos placeres,
.....
Al otro lado de la huesa umbría
La vida verdadera
Fijó inmutable su dichosa estancia:
En su borde desnuda el polvo triste,
Y otro sér inmortal el hombre viste.

Este tono didáctico, noble pero seco y sin color, tiene Reinoso en sus mejores momentos. Para la expresión del sentimiento sólo se le ocurren frases vagas, y en cuanto á imágenes, acude á las convencionales y de tradición en su escuela literaria.

El más influyente de los miembros de la escuela sevillana fué sin contradicción D. Alberto Lista, no-

bilísima figura como maestro y como crítico. En la poesía lírica excedió á todos sus compañeros, fuera de Arjona. Los versos de Lista son en número quizá excesivo, porque carecen de variedad en el estilo y en los afectos. Entre las poesías sagradas, está su obra maestra *La muerte de Jesús*, cuyas bellezas son oratorias más que líricas. En la misma sección hay buenas imitaciones *leontinas*, por ejemplo, la oda *A la Providencia*.

En la sección de *liricas profanas* entran muchas de estilo *horaciano*, aparte de las traducciones é imitaciones directas en otro lugar recordadas. No son las mejores las *heróicas*, género que se avenía mal con la índole blanda y amorosa del poeta. Los sáficos *A las ruinas de Sagunto* no encierran más que pensamientos comunes. La oda *A las musas* es una serie de empalagosas invocaciones de escuela. Muy superiores á esas y otras composiciones son las estrofas, imitación del *Scriberis Vario*, que principian:

Fileno cantará, Dalmiro mio...

y las dirigidas *A Aristo, sobre la tranquilidad de los alumnos de las musas*. Pero la joya de Lista como vate horaciano es *El himno del desgraciado*:

¿De qué me sirve el súbito alborozo
Que á la aurora resuena,
Si al despertar el mundo para el gozo
Sólo despierto yo para la pena?...
El ámbar de la vega, el blando ruido
Con que el raudal se lanza

¿Qué son ¡ay! para el triste que ha perdido,
Último bien del hombre, la esperanza?...

Todo lo que esta poesía tiene de bello, natural y sentido, tiénelo de amanerada y académica la oda *A Ventura de la Vega*, que éste, y otros siguiéndole, han considerado, no sé por qué, como los mejores *sáficos-adónicos* que posee nuestra lengua. El aparato mitológico que Lista y otros poetas de su escuela y tiempo aplicaban indistintamente á todo, produce en asuntos modernos un efecto desastroso. Con otra discreción han procedido casi siempre los verdaderos secuaces é imitadores de la antigüedad. Lista estaba de sobra enamorado de los primeros retóricos, y comprendía mal la poesía de Fr. Luis de Leon, puesto que en una epístola, impresa á continuación de esos versos, aconseja á otro discípulo suyo, huir *el tosco desaliño* del gran maestro de Salamanca.

Son bastantes las odas horacianas de Lista en el género *moral y filosófico*.

Esta *moral* y esta *filosofía* suelen ser las del Venusino. v. gr.:

Último invierno, Licio, el hado triste
Dará á tu vida acaso,
El que ora en tempestad sañuda embiste
Los piélagos de Ocaso.

Saber el fin que decretó el destino
No es dado á los mortales:

¿Qué vale, Tirsi, con temor mezquino
Aumentar nuestros males?

Reine en tu pecho el plácido alborozo,
Y el necio afan alanza,

Ni pierdas, caro amigo, el cierto gozo
Por dudosa esperanza...

A cuyos epicúreos consejos se opone en otra
pieza esta doctrina más elevada, que también está
en Horacio:

¡Ah! no: vierta en el mundo su veneno
La maldad orgullosa:

Del varon justo el no manchado seno
Será de la virtud morada hermosa,

Y aquel sagrado abrigo
No violarán el crimen ni el castigo...

La mejor de estas composiciones me parece la
última *A Fileno* (Reinoso), aunque de un color epi-
cúreo bastante subido:

Goza, Fileno: si el error austero
Templó en su nieve tus fogosos años,
Las raras canas que en tus sienes brillan
Cubre de rosas...

Máximas de esta clase no han de tomarse en su
rigor literal cuando se hallan en poetas neo-clási-
cos, por lo demas severos y morigerados, pues
son siempre en ellos imitacion de imitaciones.

Cosas muy bellas encierran las poesías *eróticas*
de Lista, que ora imita en ellas á Calderon, ora á
Rioja, ora á Melendez, ora al Petrarca, ya final-
mente á Horacio:

Ven, dulce amiga, ven. La vid hermosa
En su sombra se engríe:
Templa Aristó la lira armoniosa,
Tu Anfriso canta ya: Sileo rie.

La mesa de sus frutos deliciosos
El verano rodea,
Mira cómo en los vasos anchurosos
El regalado néctar centellea...

Hasta en metros cortos imitó Lista á Horacio.
Aparte de varios romances, citaré la oda *A Museo*,
que es remedo del *Pindarum quisquis*:

Cual férvido rio

Del monte corriendo,
Si acrecen sus aguas
Las lluvias y el viento,
Así el ditirambo
De Píndaro inmenso...

Sevillano como Lista y Reinoso, -pero nada se-
cuaz, ántes acérrimo contradictor de la escuela
poética por ellos representada, fué el egregio tra-
ductor de los *Salmos* y *Libros poéticos de la Biblia*
D. Tomás J. Gonzalez Carvajal. Era grande admira-
dor de la sencillez sublime del Mtro. Leon, á quien
tentó imitar en sus traducciones, y en el corto núme-
ro de poesías originales, las más sobre asuntos re-
ligiosos, recogidas en el tomo XIII de sus *obras*. Ex-
celente hablista, pero no muy poeta, levantóse
Carvajal en sus versiones, merced á la grandeza de
los originales que interpretaba, y si bien amplifica-
dor y parafrasta con exceso, dió á sus *Salmos* un
hermoso color de antigüedad majestuosa y venera-
ble. Algo de esto aparece también en sus poesías
originales, afeadas á veces con prosaismos, y es-
critas con harta llaneza, que no sostenida en Carva-
jal, por grandes alientos, degenera en trivialidad á
las veces. Pero no faltan en sus odas pasajes que
recuerden, aunque de léjos, los fervorosos acentos
del grande agustino. Así termina la oda *Al Espíritu*
Santo en el dia de Pentecostés:

Ven, y nos fortalece
Si alguna vez nuestro valor flaquea,
Y tu ley enderece

El pié, si se ladea,
Si tímido se pára ó titubea.

Sople el impetuoso
Viento en el alto techo, y resonando
El ámbito espacioso,
Y amores derramando,
Lleve tras sí las almas arrastrando.

El fuego centellante
Que sobre los Apóstoles ardía,
Al pecho de diamante,
Al alma seca y fría.

Ablande y dé calor en este dia.
Y unidos y enlazados,
En tus lazos, ¡oh, Amor omnipotente!

De pueblos apartados
Haz una sola gente,
Un corazon, una alma solamente.

Esto vale más que casi todas las producciones de
la *escuela sevillana*. El entusiasmo religioso, verda-
dera y única inspiracion de Carvajal; le dictó estos
bellísimos versos en la oda *A la vida futura*, una de
las más *leontinas* entre las diez y seis ó veinte que
nos ha dejado:

Está en la vida futura
Un mundo nuevo y sin color

Un mundo nuevo y sin color
Un mundo nuevo y sin color

Un mundo nuevo y sin color
Un mundo nuevo y sin color

Un mundo nuevo y sin color
Un mundo nuevo y sin color

Un mundo nuevo y sin color
Un mundo nuevo y sin color

Un mundo nuevo y sin color
Un mundo nuevo y sin color

Un mundo nuevo y sin color
Un mundo nuevo y sin color

Y absorta en la hermosura
De aquel divino sol que la recrea,
Se embebe en su luz pura,
Y en amarlo se emplea,
Y más amar y más amar desea...

Ni en la lírica profana, ni en la sátira, ni en la epístola, géneros que alguna vez cultivó, obtuvo Carvajal grandes laureles. Citemos aquí, pues el lugar no parece inoportuno, á otro distinguido *leontino* que dejó más fama como canonista asaz temerario y docto investigador, que como poeta. Fué este D. Joaquín Lorenzo Villanueva, nacido en el reino de Valencia y no en Sevilla, pero digno de colocarse aquí, por tener con Gonzalez Carvajal alguna afinidad poética. Como él, era puro y correcto en la lengua, y como él, pretendía imitar á Fr. Luis de Leon en prosa y en verso. El estro lírico de Villanueva era muy escaso, y quizá donde más brilla es en las odas *La ausencia*, *La caridad*, *La entrada de Cristo en Jerusalem*, y alguna otra. No tienen color poético estas composiciones, pero sí un agradable dejo antiguo en la expresion, cual puede verse en las estancias que siguen:

Toda virtud se encierra

En el amor: por él alcanza vida;

Todo vicio destierra,

Todo lo bueno anida

En su alcázar, y el mal no halla guarida.

Por amor la fe vive,

Confía sin recelo la esperanza;

A sufrir se apercibe

El justo á quien alcanza

Ajeno dolo, envidia ó asechanza.

No suena burlería

En su boca, ni rastro de sospecha

En su seno se cría;

Ajeno mal le estrecha

Y hácele prorumpir en triste endecha.

Con el próspero goza,

Con el atribulado se entristece,

Con el preso solloza;

Y si su aliento crece,

Ella tambien llorando desfallece...

M. MENENDEZ PELAYO.

(Concluirá.)

HISTORIA GENERAL DE LOS DESINFECTANTES
Y DETERMINACION DE LOS MÁS EFICACES COMO
PRESERVATIVOS DE LAS ENFERMEDADES.

(Continuacion.) *

II.

En el aire existe otro cuerpo acerca del cual no están conformes todos los químicos. Nos referimos al ozono, á ese estado alotrópico del oxígeno, de tanta importancia patológica en opinion de algunos, de ningun interés en el sentir de otros.

El *ozono*, descubierto por Van Marums, en 1785, haciendo pasar una corriente de chispas eléctricas por el oxígeno, permaneció olvidado en la influencia de la marcha científica, hasta que Schæinbein, en 1840, observó que el oxígeno procedente de la descomposicion del agua por la pila, adquiría el mismo olor que se nota cuando se pone en actividad la máquina eléctrica, y le dió el nombre de *ozono*, voz cuya etimología es del griego *yo huelo*.

Donde quiera que hay grandes desarrollos de electricidad, allí existe el ozono; pero veremos que su produccion es fácil acudiendo á otros medios. Primero se creyó que era un cuerpo nuevo, y que procedía de la descomposicion del nitrógeno atmosférico; otros supusieron que era agua oxigenada, y no faltó quien asegurase estaba formado por tres equivalentes de oxígeno y uno de hidrógeno. Pero hoy, con más copia de datos, se considera al ozono como un estado alotrópico del oxígeno.

Los medios de produccion son fáciles: en primer lugar, poniendo fósforo en fragmentos en un matraz grande, con agua, dispuestos de manera que se encuentren parte sumergidos y parte fuera del líquido, se consigue la ozonizacion de la atmósfera de aquel matraz. Houzeau, cuyos estudios acerca del ozono son tan interesantes, ha indicado la posibilidad de obtener este cuerpo descomponiendo el sobreóxido bórico por el ácido sulfúrico.

Las circunstancias que de un modo positivo influyen en su produccion en la atmósfera son: un descenso de temperatura, la energía de los vientos, la precipitacion del vapor acuoso, las nubes, la lluvia, y en general todos los fenómenos meteorológicos que van acompañados de gran desprendimiento de electricidad (1).

En un principio se sirvieron los químicos para reconocerle de un plato con un orificio en el centro, por el cual atravesaba un alambre, del que pendía una tira de papel ozonoscópico, cuyo papel toma un color azul tanto más intenso cuanto mayor es la cantidad de ozono. Para verificar el cálculo de esta

Véase el número anterior, pág. 97.

(1) Boeckel.

cantidad hay una escala con los diferentes colores que puede adquirir el papel, en donde se halla determinada la cantidad de ozono á que cada color se refiere: esta escala recibe la denominacion de *gama ozonométrica*. Tiene este procedimiento el inconveniente de que hay en la atmósfera algunas sustancias que colorean de azul el papel ozonoscópico, por lo cual se ha ideado impregnar en disolucion de almidon, el papel enrojado de tornasol; pero tampoco este medio se halla exento de defectos, pues el amoniaco que en el aire suele en ocasiones haber, puede volver azul el papel rojo de tornasol.

La influencia que en el organismo ejerce el ozono es de bastante importancia. Su actividad es mayor que la del oxígeno normal, pues descompone rápidamente el ioduro potásico, oxida la plata y el amoniaco y quema el hidrógeno fosforado. Se ha observado que los animales obligados á respirar un aire que contenga $\frac{1}{2000}$ de ozono, les produce una hiperemia pulmonal, de la que han sucumbido al poco tiempo, y en su sangre, muy oscurecida, se ha encontrado mayor cantidad de fibrina que en el estado normal. El resultado de las observaciones de Schwarzenbach en 1850, Schoeimbein en 1851, Böckel en 1856, Desplats en 1857, Ireland en 1863, practicadas en diferentes animales á los que han hecho respirar aire ozonizado por medio del fósforo, por la electricidad, ó por el oxígeno procedente de una reacion química, ha sido el siguiente (1). Experimentan en primer término una gran agitacion, con disnea, una especie de embriaguez, formacion de abundante espuma bronquial, temblor convulsivo, y por último la muerte al cabo de un tiempo variable, segun el volúmen del animal, así como tambien segun la cantidad del ozono respirado.

Estos resultados, en union de las observaciones practicadas por Schönbein en sí mismo, indujo á creer que la abundancia del ozono en el aire coincidía con la frecuencia de las afecciones catarrales, hasta el punto de establecer una relacion de causalidad entre estos dos fenómenos. Pero desde luego se ocurre observar que el considerable aumento en la cantidad de ozono había tenido lugar precisamente en la estacion más fria, siendo esta causa lo bastante para explicar las hiperemias y flegmasías del aparato respiratorio sin acudir al oxígeno alotrópico. Así, por ejemplo, en el ardoroso clima de Alger, sitio donde el ozono existe en proporcion no escasa, son raras y benignas las afecciones de las vías respiratorias. Además, las observaciones de Faber en Schorndorf, demuestran que puede existir una epidemia grave de gripe, como aconteció en 1848,

(1) *Traité élémentaire d'hygiène privée et publique*, por A. Becquerel.

á pesar de no ofrecer el papel reactivo del ozono la menor indicacion de este cuerpo.

Parece ser que se ha intentado establecer una regla patológica, suponiendo un antagonismo entre las enfermedades de las vías respiratorias y las del tubo digestivo, dependiente de la elevacion ó disminucion de la cantidad de ozono en la atmósfera; pero hay un desacuerdo completo entre las diferentes observaciones. Así es que mientras Mr. Speck refiere que en una epidemia de disentería, que reinó en el ducado de Nassau durante los meses de Agosto y Setiembre de 1859 sin que el ozonómetro descendiera del grado que ordinariamente en la referida época del año presentaba, hay otros autores no ménos respetables que aseguran que el terrible azote del Ganges sigue su fúnebre camino en inversa proporcion que el ozono en el aire existente. Por otra parte, las atinadas observaciones y los experimentos practicados por las hábiles y entendidas manos de Peter en América, de Schultz en Berlin, de Wette en Bale, y de los miembros de la Academia de medicina de Viena, han puesto en evidencia que el aumento de ozono podía á veces coincidir con la presencia del cólera, y desaparecer á medida que este disminuía.

En las diferentes ocasiones que ha sido víctima España de tan aterradora invasion, sólo en la última, acaecida, como sabemos, en 1865, es cuando se han practicado experimentos para resolver ó aproximarse á la resolucion de este problema. Muy contradictorios han sido los resultados obtenidos por los experimentadores, y nosotros mismos hemos observado variedad en la relacion de la cantidad de ozono y del número de atacados de cólera. Así es que no podemos, al ménos por hoy, y sin que mayor número de experimentos lo pongan de manifiesto, afirmar que exista una exacta relacion entre la cantidad de ozono y el desarrollo del cólera.

Triste es confesarlo; el tífus asiático, que no respeta latitudes, pues lo mismo desarrolla su mortífera influencia en las heladas comarcas de la Siberia que sobre el calcinado suelo de la zona tórrida, no es incompatible tampoco, por desgracia, con la presencia del ozono. Así al ménos nos lo dice la química, que demuestra una vez más su gran importancia para el médico, y de este modo opinan no pocos autores de gran nota (1).

III.

No hemos todavía terminado la cuestion del ozono. Es tal su importancia, y especialmente tratando de desinfeccion, que no creemos jamás suficientemente discutido cuanto en este concepto podamos

(1) Wurtz, entre ellos, en su obra de *Química elemental*.

referir. Antes de progresar más en lo que al ozono se refiere, no debemos pasar en silencio un procedimiento para obtener este cuerpo, debido al catedrático de química de la Universidad central doctor Torres Muñoz de Luna. Consiste este método en ozonizar por medio de una reacción química el oxígeno puro, obtenido por cualquiera de los procedimientos conocidos. En el frasco de oxígeno puro se colocan dos sustancias que reaccionen entre sí con singular energía, por ejemplo, ácido sulfúrico y potasa. Una vez terminada la reacción, desalójese el oxígeno por medio del agua, y dispóngase el aparato de modo que este oxígeno sea conducido á un baño hidroneumático, donde por medio de probetas llenas de agua pueda recogerse. Examinado este gas, se ve de un modo notable que colorea en fuerte azul turquí el líquido preparado con almidón y yoduro potásico.

Puede este procedimiento ser muy útil en ocasiones en los laboratorios, y no deja lugar á duda sobre la ozonización del oxígeno.

Respecto á la existencia del ozono en la atmósfera, no debe creerse que hay en los químicos y médicos unanimidad de pareceres. Schœnbein no duda en manera alguna acerca de la existencia de dicho cuerpo, suponiéndole exhalado por los vegetales en la respiración; pero Cloet enérgicamente lo combate, y afirma que el cambio de color que el papel ozonoscópico experimenta, es debido á los rayos solares. Para llegar á esta deducción, dice que si se colocan dos campanas de vidrio sobre un césped á cierta altura, ambas expuestas á la luz del sol y dentro de ellas papel ozonoscópico, teniendo la precaución de cubrir una de ellas con un papel negro, se observa que en esta el papel no cambia de color, y sí en la descubierta. Además el ozono, siendo un cuerpo tan oxidante, debe fácilmente emplearse en quemar el nitrógeno y materias orgánicas, y como es natural, será muy efímera su existencia; pero de todas suertes debe admitirse el ozono como una de las sustancias del aire, y considerarle asimismo en el número de sus componentes.

Respiración.

Esta interesante función de la vida tiene más de química que de mecánica. Sabido es que consiste en el medio por el cual se proporciona oxígeno la sangre y elimina otros productos gaseosos, entre los cuales figura en primer término el ácido carbónico. La extensa superficie de los órganos respiratorios es donde más especialmente tiene su asiento esta función.

El acto de la respiración consta de dos partes, una en la que el aire se introduce en los pulmones, llama-

mada *inspiración*, y otra en la que sale de estos órganos, llamada *expiración*. Un hombre, en la plenitud de la vida y en el estado de salud, respira 18 veces por minuto, tiempo suficiente para dar una idea de la necesidad imprescindible en que se encuentra el organismo de renovar el aire incesantemente. El aire inspirado y espirado distan mucho de ser iguales en cantidad y en composición. En cuanto á la cantidad, no puede de un modo absoluto apreciarse, pues los procedimientos que hasta ahora se han dado se hallan sujetos á bastantes errores. Respecto á la composición, el aire que sale de los pulmones es mucho más pobre en oxígeno que el que penetra. Allen y Pepys, Davy, Brunner y Valentin, Regnault, Reiset, Vierordt y otros fisiólogos y químicos han practicado un número crecido de experimentos, para apreciar de un modo exacto las transformaciones que en la respiración el aire experimenta. Demos una idea del aparato de Valentin y Brunner.

Consiste en un frasco de un litro de capacidad, y sobre él está fijo un embudo de llave lleno de mercurio y un tubo encorvado en forma de U, que contiene amianto impregnado de ácido sulfúrico. Del referido frasco parte además un tubo encorvado en dos ángulos rectos, que va á sumergirse en un depósito de ácido sulfúrico. Además del tubo del embudo, ántes indicado, parte otro con diferentes espacios dilatados; en el uno hay cloruro cálcico, en otros fragmentos de fósforo, y en otros algodón cardado. El experimentador aplica al tubo en U su boca, y el aire contenido en el frasco es desalojado por el que se espira, que sale por el ácido sulfúrico bajo la forma de burbujas. A los doce minutos todo el aire ha sido desalojado, y la mezcla gaseosa contenida en el frasco representa el producto de la espiración. El vapor acuoso ha sido absorbido por el amianto impregnado de ácido sulfúrico. Se calienta la parte que contiene el fósforo y se abre la llave del embudo, y á medida que va cayendo el mercurio, desaloja el gas del frasco, que le obliga á pasar por el fósforo donde deja su oxígeno para convertirse en ácido fosforoso y fosfórico, y se aprecia de este modo la cantidad de oxígeno. Claro es que el volumen de los gases que han recorrido el tubo se indica por el mercurio que ha descendido al frasco, y el peso del oxígeno obtenido se reduce á volumen por un sencillo cálculo. Por este procedimiento han encontrado Brunner y Valentin, deduciendo una media proporcional de muchos experimentos, que el aire espirado contiene 16,03 por 100 en volumen de oxígeno. Han desaparecido 4,87 de oxígeno durante la respiración. La cantidad de ácido carbónico, contenida asimismo en el aire espirado, es 4,267 por 100 en volumen.

Existe una gran relación entre el ritmo respiratorio y la cantidad de ácido carbónico de los produc-

tos de la respiracion. Si ésta es muy frecuente, disminuye la cantidad de ácido carbónico en el aire espirado, al paso que cuando la respiracion es lenta se halla notablemente favorecida la salida del ácido carbónico. Se ha observado en último término que el aire espirado contiene 4,26 más de ácido carbónico que el inspirado. Entiéndase que esta cantidad es un término medio, pues hay diferentes causas que pueden hacerla variar. La edad, el sexo, la temperatura del ambiente, la especie de alimentacion, el desarrollo, el reposo ó movimiento, el estado de vigilia ó de sueño: hé aquí otros tantos motivos de alteracion en la cantidad de ácido carbónico exhalada, y que la índole de nuestro trabajo nos veda por completo el dilucidar cual deseáramos.

Una sola sustancia es la que puede decirse que permanece inalterable en el aire, en cuanto se refiere á la respiracion, y es el nitrógeno. Los repetidos trabajos experimentales de Regnault y Reiset han demostrado, con excepciones ligeras, lo anteriormente enunciado. Se ve con esto que el papel que desempeña el nitrógeno en el aire no es otro que el de regulador y moderador del oxígeno.

IV.

El elemento vital del aire es, pues, el oxígeno, al cual debemos la existencia, y por consiguiente no se concibe la vida faltando este cuerpo. Así es que si por cualquier procedimiento se disminuye la cantidad de oxígeno ó se impide su llegada al pulmon, no se hacen esperar un conjunto de fenómenos cuyo fatal término, si se prolongan, es la muerte. Lo que primero tiene lugar, despues de la falta de oxígeno en la sangre, es un aumento de ácido carbónico que produce la disnea ó fatiga, y si continúa faltando el oxígeno, sobrevienen calambres, terminando por cesar completamente la irritabilidad de los centros nerviosos y producirse la asfixia.

La frecuencia con que tienen lugar los casos de asfixia por la falta de oxígeno en el aire, demuestran desde luego (si la ciencia *á priori* no lo hiciera) la vivificante accion de este cuerpo. En cada inspiracion se absorben 7 decilitros de aire, es decir, que en las 18 inspiraciones que hemos dicho tienen lugar por minuto, resulta que cada individuo consume por hora próximamente 700 litros de aire. En atencion á lo expuesto, desde luego se ocurre el preguntar, si las habitaciones ó locales en que se reúne un número crecido de personas llenan los requisitos que la fisiología exige. Desde luego puede contestarse negativamente en el mayor número de casos, y suele ser causa predisponente de no escaso número de afecciones.

Citase en la *Historia de la guerra de los ingleses en el Indostan*, el caso de haber sido encerrados 146 prisioneros ingleses en un calabozo que tenía 20

piés cuadrados, donde solamente llegaba el aire por dos pequeñas ventanitas, abiertas en una estrecha galería, y por las que se renovaba el aire de un modo lento y difícil. No tardaron en experimentar una sed abrasadora, calor insoportable, sofocacion y disnea. Despues de haber intentado por medios diversos el procurarse aire, se despojaron de los vestidos y agitaron con los sombreros el aire bastante viciado de la habitacion. En tan angustiosa situacion, tomaron la providencia de arrodillarse todos, y simultáneamente levantarse pasados algunos instantes. Recurrieron á este medio tres veces en el espacio de una hora, y faltándoles las fuerzas, empezaron á caer algunos que, en la desesperacion, fueron pisoteados por sus compañeros. Aquellos infelices pidieron agua, y se la disputaron cediendo los más débiles, que sucumbieron por último. Trascorridas cuatro horas de su reclusion, se hallaban sumergidos en una estupidez letárgica. A las seis horas vivian 50; todavía era, sin embargo, número bastante crecido para que fuese compatible con la cantidad de aire que podian recibir; y á las diez horas continuaba aquella lucha feroz entre la vida y la muerte, hasta que al poco tiempo la prision se abrió, y solamente salieron de ella 23 hombres con vida, pero que llevaban en su rostro impresas las huellas de la muerte.

Un hecho análogo cita Becquerel en sus *Elementos de Higiene*, ocurrido en Francia. Despues de la batalla de Austerlitz, fueron encerrados en una cueva 300 prisioneros austriacos. En un corto espacio de tiempo sucumbieron 260.

En todos estos casos sucede, que al propio tiempo que la disminucion de oxígeno aumenta, el ácido carbónico, que ejerce una accion deletérea, y la falta de renovacion del aire viciado por otro puro que tenga las condiciones vitales, acelera la asfixia, que acontece más ó ménos pronto, segun la constitucion y demas circunstancias del individuo.

Son numerosas las alteraciones que puede el aire experimentar, ya sea por la misma vida orgánica, ya por multitud de causas que incesantemente conspiran á variar las proporciones de los elementos constitutivos de este flúido. En otro capítulo de esta Memoria trataremos de la desinfeccion particular de cada sitio en razon á lo viciado de su atmósfera, pero séanos permitido ahora hacer las siguientes indicaciones. Segun Leblanc, cuyos trabajos merecen algun respeto, en las salas de los asilos de París hay de 3 á 8 milésimas de ácido carbónico; en la de un teatro 4 milésimas; en un anfiteatro de la Sorbona despues de haber concurrido 600 alumnos, había disminuido el oxígeno en uno por ciento, á pesar de haber procurado por todos los medios posibles la ventilacion.

Pero el aire confinado no sólo disminuye en oxí-

geno y aumenta en ácido carbónico, sino que varía algo más que lo expuesto relativamente á su composición. La evaporación de la mucosa pulmonar y de la piel da por resultado el que se acumule cierta cantidad de agua en el espacio; agua que lleva en disolución una sustancia orgánica producto de la secreción de las membranas.

Además, la acumulación de muchos gases, espontáneamente formados los unos, producto del arte los otros, viene á figurar en el número de las sustancias ajenas á la verdadera y genuina naturaleza del ambiente atmosférico. Los hidrógenos carbonados, tanto el carburo tetrahídrico como el dihidrico; el fosforo trihídrico, el amoniaco, el óxido de carbono, el sulfido hidrico, gases que pueden producirse naturalmente y por medios químicos; el cloro, ácido clorhídrico, ácidos sulfuroso, hiponítrico, fluorhídrico, cianhídrico; hé aquí los agentes que en más de una ocasión pueden penetrar en los pulmones, con riesgo á veces inminente de la vida.

Es un error la opinión, por algunos sustentada, de que el óxido nitroso, ó sea el llamado gas de la alegría, pudiera servir para sustituir al oxígeno en la respiración, porque repetidos experimentos han demostrado lo contrario.

El hidrógeno protocarbonado (carburo tetrahídrico) se produce en la descomposición de las sustancias orgánicas que constituyen el légamo ó cieno de los pantanos, y en mayor cantidad en las minas de carbon de piedra. No escaso número de explosiones tienen á veces lugar en estos sitios, por la mezcla detonante que con el aire forma. Tal fué la que pocos años hace aconteció en Belmez en la mina Santa Elisa, de cuya catástrofe se ocupó extensamente la prensa periódica hasta el punto de adquirir triste celebridad este desgraciado suceso. La humanidad es deudora al inmortal Davy de la lámpara de seguridad que lleva el nombre de este sabio, que por este solo hecho, si otros timbres de gloria no le enaltecieran, la ciencia y la industria le hubieran consagrado en sus anales glorioso é imperecedero recuerdo.

El fosforo trihídrico (hidrógeno fosforado gaseoso) tiene lugar su formación al descomponerse algunas sustancias orgánicas animales. En la atmósfera de los cementerios durante el verano no es raro el observar en la oscuridad ráfagas luminosas que á veces han dado ocasión á mil patrañas del vulgo, pero que la ciencia ha explicado su producción atribuyéndola á este cuerpo.

Más frecuente es el sulfido hidrico, el gas de olor á huevos podridos, que algunas sustancias vegetales y muchas del reino animal desprenden en su putrefacción. La influencia que sobre el organismo ejerce es de las más perniciosas. Como cuerpo reductor se apodera su hidrógeno del oxígeno de la

sangre para formar agua, se descompone la hemoglobina, produciendo primero un cuerpo semejante á la hematina y después una sustancia verde (1). Así es que, en corta cantidad, produce cefalalgia, náuseas y vómitos, efectos que graduándose sucesivamente llegan á producir la asfixia. El cloro es indudablemente el cuerpo más antagonista que podemos emplear para destruir los efectos del gas sulfhídrico. En el capítulo donde exponamos la crítica de los desinfectantes, haremos algunas indicaciones respecto á la manera de obrar el cloro y á su valor ó eficacia comparativamente con otras sustancias que con igual objeto se emplean.

El amoniaco pocas veces se desprende puro; en el mayor número de casos lo verifica combinado con el sulfido hidrico ó con el ácido carbónico. Las fermentaciones pútrida y amoniacal son los orígenes de este amoniaco combinado. Los principales accidentes que puede determinar el amoniaco son fenómenos de irritación é inflamación en las mucosas ocular, nasal, bucal y laringo-brónquica.

La industria, en sus diversas manifestaciones, que son el termómetro de la civilización y cultura de los pueblos, produce gases nocivos en su mayor parte, y que respirados por algun tiempo son causa predisponente de enfermedades varias. Las fábricas de hipocloritos decolorantes, donde se produce el gas cloro en cantidades enormes, ofrecen en su atmósfera este gas en diferentes circunstancias. La imperfección de los aparatos que para su obtención se emplean, puede dar lugar á fugas de gas que, mezclado con el aire atmosférico, determina una violenta excitación en las vías aéreas, que suele ser precursora de toses convulsivas, de hemoptisis, de laringo-bronquitis sub-agudas. Los obreros dedicados á esta clase de trabajos, necesario será que empleen precauciones para evitar los accidentes á que necesariamente se han de ver expuestos. En caso de haber respirado gran cantidad de cloro, es lo más á propósito administrar leche azucarada y hacer respirar un aire puro y de buenas condiciones.

El ácido clorhídrico, los ácidos nítrico nítrico, sulfúrico, sulfuroso y arseniuro trihídrico también pueden hallarse á veces mezclados con el aire.

Diversidad de partículas ya minerales ya orgánicas flotan también en la atmósfera, que ejercen acción perniciosa introducidas en el aire respirado. Polvo de cobre, de antimonio, de zinc, carbon de piedra, carbon vegetal, yeso, cal y sílice, no es raro que acuse la autopsia su presencia ó que se produzcan enfermedades que reconozcan por causa estos agentes, como lo demuestran las interesantes observaciones que el profesor Bouisson comunicó á la Academia de Ciencias de París en 1863, acerca

(1) Dr. Hermann; Fisiología.

de la oftalmía particular que se hace sentir en los obreros dedicados á proyectar con el auxilio de un soplete el azufre en polvo sobre las vides atacadas del *oidium*.

Algunas producciones criptogámicas; el algodón, el tabaco en polvo, pequeñísimas partículas de gramineas pueden determinar accidentes más ó menos graves, como hiperemias bronquiales, conjuntivitis, corizas, laringitis ó bronquitis.

Por último, algunas sustancias del reino animal determinan fenómenos patológicos más ó menos graves: así el polvo de cantáridas produce una irritación de los bronquios; las partículas de lana suspendidas en el aire de los telares donde se trabaja esta sustancia, así como la seda, producen una manifiesta acción irritante sobre la mucosa olfatoria.

Los detritus orgánicos hallados por Gigot, los gérmenes infusorios de Pasteur, los corpúsculos de pus que Eiset ha reconocido en el aire como los vehículos del contagio, son todos ellos dignos de tenerse en cuenta al practicar minuciosamente el análisis del aire de una localidad.

V.

Además de las citadas causas que pueden hacer variar la composición del aire confinado, tenemos la combustión. En efecto, la multiplicidad de aparatos luminosos, los imperfectos medios de calefacción que dejan en el interior de una estancia los productos resultantes de la combustión, son manantiales de ácido y óxido carbónicos, gases ambos nocivos, pero muy en especial el último. Sabidos son los peligros que lleva consigo el hallarse por espacio de algunas horas en habitaciones donde existan braseros mal encendidos, pues son aparatos de constante desprendimiento de óxido de carbono, es decir, de un cuerpo que produce en el organismo los efectos de un veneno. Por desgracia, son bastante frecuentes los casos que el descuido ó tal vez una intención suicida demuestran la exactitud de lo que acabamos de manifestar. Ya que de este asunto aunque á la ligera nos ocupamos, debemos protestar contra los muchos medios vulgares y á todas luces erróneos que hay para impedir los malos efectos del carbon cuando se enciende. En este caso lo más oportuno es el libre acceso del aire por medio de corrientes prudentemente establecidas que eliminen el ambiente mortífero del sitio en que tal ocurra.

Citaremos los siguientes experimentos comprobantes de lo expuesto:

Mr. Tourdes ha visto morir conejos sumergidos en un aire que contenía $\frac{1}{15}$ de su volumen de óxido de carbono, en veintitres minutos. Cuando la mezcla se practicaba en la proporción de $\frac{1}{30}$, la muer-

te tenía lugar al cabo de treinta y siete minutos. A la dosis de un octavo perecían los conejos en siete minutos.

Segun los trabajos de Leblanc, las aves son todavía más impresionables á la acción deletérea del gas óxido de carbono. Un gorrion muere instantáneamente en el aire que contenga 4 á 5 por 100 de este gas, y basta un centésimo para determinar la muerte al cabo de algunos minutos. Si en el momento en que tiene lugar la muerte aparente se intenta sustraer al animal de la acción del gas deletéreo, puede poco á poco volver á la vida, pero no suele esto suceder sino al cabo de algunas horas en que los fenómenos de parálisis desaparecen (1).

Tampoco debemos dar al olvido la descomposición (en concepto de algunos) que el aire experimenta al obrar sobre la piel, como causa capaz de alterar el aire confinado. Lavoisier, Spallanzani, Jurine y otros, practicaron detalladas experiencias, de donde resulta que en la superficie de la piel desaparece una porción de oxígeno, siendo reemplazado por el ácido carbónico (2). Parece ser que se ha deducido respecto á esto lo siguiente: 1.º, la cantidad de ácido carbónico que procede de la acción del aire sobre la piel está en razón directa del vigor y actividad del individuo; 2.º, el ejercicio muscular aumenta la cantidad de este ácido. Nosotros creemos que más bien que á una descomposición puede atribuirse este efecto á una exhalación cutánea; una especie de difusión de gases que, al través de toda la superficie de la piel tiene lugar, que hace el efecto de un dializador, pero de todos modos debe siempre tenerse en cuenta esta circunstancia.

M. Leblanc, á cuyo valer y competencia rendimos en las páginas anteriores un justo tributo, ha hecho interesantísimas investigaciones sobre el aire confinado, cuyos resultados consignaremos en el menor espacio que nos sea posible (3).

1.º Es imprescindible reconocer como un hecho consumado que la proporción de ácido carbónico en los sitios habitados y cerrados, crece con el grado de insalubridad, pudiendo ser la medida de esta. Cuanto mayor es la dosis de ácido carbónico, mayor es también la necesidad urgente de renovar el aire.

2.º Los experimentos de ventilación practicados bajo la dirección de Pelet é independientes de toda idea teórica preconcebida, asignan 6 á 10 metros cúbicos como ración de aire que necesita un hombre por hora.

(1) Wurtz.—*Chimie medicale*.

(2) *Diccionario de Medicina y Cirugía prácticas*, artículo escrito por Carlos Londe.

(3) Tomados del *Tratado de Química general*, de Pelouze y Fremy última edición.

3.º La pureza del aire en un sitio ventilado puede no depender únicamente de la cantidad que afluye en un tiempo dado, sino del modo que penetre y salga el aire á consecuencia de su distribución. El mejor sistema de ventilacion será aquel en que el aire espirado se elimine por un movimiento ascensional del espacio inmediato á la zona de respiracion.

4.º En general, el aire destinado á la ventilacion se procura que tenga la temperatura más baja posible, por lo cual se hace llegar de las cuevas ó sitios que se hallan en la parte más baja de los edificios.

5.º Cuando se trata de sitios habitados y desprovistos de medios de ventilacion, la experiencia aconseja que no hay que contar con una gran renovacion de aire á beneficio de las junturas de las puertas y ventanas. Lo general es que no lleguen á reducir la alteracion sino á una mitad de lo que hubiese sido en un espacio rigurosamente cerrado.

6.º Las análisis de atmósferas artificiales tienden á establecer que la dosis de ácido carbónico puro que podría soportar un hombre sin sucumbir inmediatamente es bastante considerable, á juzgar por los efectos producidos en los animales. La vida de un perro puede prolongarse algunos instantes en una atmósfera que contenga 30 por 100 de aire normal, y el gas tiene, por consiguiente, 16 por 100 de oxígeno.

7.º La resistencia á la asfixia bajo la influencia de esta causa es tanto menor, cuanto más elevada es la temperatura propia del animal.

8.º En un espacio que contenga 5 á 6 por 100 de ácido carbónico, producido á consecuencia de la respiracion ó de la combustion, se apaga la llama de una bujía; pero puede continuar la vida, aunque la respiracion es muy penosa.

En el extenso *Tratado de Química general*, de Pelouze y Fremy, verdadera enciclopedia de los conocimientos químicos, siempre con fruto consultada por todo el que á este género de estudios se dedica, se inserta un cuadro interesante sobre las análisis ejecutadas en atmósferas de limitada extension, de cuyo notable trabajo tomamos los siguientes datos:

AIRE DEL ANFITEATRO DE QUÍMICA DE LA SORBONA, EN 1.000 PARTES.

	Antes de la leccion.	Despues de la leccion.
Oxígeno.....	224,3	219,6
Acido carbónico.....	6,5	10,3

Estos datos fueron tomados en una leccion que explicaba M. Dumas, teniendo 900 oyentes, que permanecieron en el local por espacio de hora y media.

CANTIDAD DE ÁCIDO CARBÓNICO QUE SE FORMA EN PARIS CADA VEINTICUATRO HORAS POR SÓLO LA COMBUSTION (TRABAJOS DE BOUSSINGAULT).

	Acido carbónico. Metros cúbicos.
Carbon vegetal.....	1.250.700
Leña.....	855.385
Hulla.....	314.215
Aceite.....	58.401
Sebo.....	25.722
Cera.....	1.071
TOTAL.....	2.505.494

Respecto á la accion que ejerce en el organismo el ácido carbónico, citaremos lo siguiente:

M. Boussingault refiere que, habiendo entrado en la galería de una mina de Nueva-Granada, sintió una impresion de calor sofocante y un fuerte picor en los ojos. La temperatura del sitio no excedia de 40 grados, y sin embargo, la calculaba Boussingault en 40. Estos efectos se deben á la inhalacion de una atmósfera fuertemente cargada de ácido carbónico.

El ácido carbónico puede penetrar en la economía, no sólo por las vias respiratorias, sino tambien por la piel. Se han envenenado algunos pájaros sumergiendo su cuerpo en una atmósfera de ácido carbónico, quedando libre la cabeza para que pudieran respirar el aire atmosférico. Estos baños de ácido carbónico determinan fenómenos de excitacion, á los que siguen, si la accion es muy prolongada, síntomas de parálisis é insensibilidad.

Por lo demas, sabidos son los desgraciados accidentes producidos por las cubas donde fermenta el mosto, y los hornos donde se calcina el carbonato cálcico para la preparacion de la cal viva.

Con lo referido creemos suficiente para formar exacta idea de las impurezas en el aire contenidas y que los medios de desinfeccion propuestos han de tener por objeto eliminar estos agentes ó neutralizarlos. Tal será el fin que nos propongamos en capítulos posteriores.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

(Continuará.)

VIAJE SOBRE UNA BALLENA.

AVENTURAS DEL CAPITAN ROBERTO KINCARDY.

(Continuacion.) *

CAPÍTULO III.

SALEM. — EL *Peerless*. — TONY HOGG. — ENGANCHE. — UN SECRETO BIEN GUARDADO. — LOS PRIMEROS TEMORES DE PICOU.

Kincardy, una vez convencido del apoyo de Máximo de Montgeron, y acariciando su famoso proyecto que guardaba en el más profundo secreto, recobró el buen humor de otras veces y característico entre los marinos. Se le vió sonreír y mostrar en su rostro esa dulce alegría que anuncia la satisfacción del alma. Abandonó sus largos y solitarios paseos por la bahía de Massachussets, pero en cambio hizo repetidas excursiones á Salem.

Aunque el nombre es bíblico, Salem es una población moderna que adquirió los derechos de ciudad en 1836. Situada á 20 kilómetros Nord-este de Boston, es, por decirlo así, su vanguardia, y hace un gran comercio, á pesar de tener á la capital por rival. Está pintorescamente colocada en un cabo rodeado de dos brazos de mar, llamados *Riad del Norte* y *Ria del Sud*. La una forma su puerto, y sobre la otra han construido un magnífico puente de 500 metros que conduce al *township* (1) de Bevesley.

Peró no era el aspecto pintoresco lo que llevaba al capitán Roberto á Salem, ciudad que conocía hasta en sus menores detalles. Salem, uno de los principales puertos de armamento para la pesca del bacalao y la ballena, está habitada por una porción de marinos, gente atrevida, robusta, duros á la fatiga, y la mayor parte de ellos antiguos compañeros del capitán Kincardy. Este iba á Salem con el propósito de embarcarles á bordo del *Peerless*, único buque que le quedaba, y el cual arrendaba á los armadores de Boston, Salem ó New-Bedford desde que había renunciado á sus excursiones marítimas.

El *Peerless* (sin par) merecía bien tal nombre, aunque fuese algún tanto pretencioso. Jamás buque más velero ni mejor condicionado ballenero había afrontado las poderosas olas de los mares glaciales; pero como con el tiempo todo pasa y se destruye, el *Peerless* comenzaba á resentirse de su prolongada estancia en el agua salada, y de los efectos de los golpes de viento, los granizos y las tempestades. Sin embargo, los ingenieros aseguraban que con algunas reparaciones podría desafiar de nuevo las olas del Océano y navegar durante muchos años. Se

llevó el ballenero á un *graving dock*, en el que se le limpió, restauró y calafateó convenientemente, y cuando salió recién pintado, con aparejo y velas nuevas y con la bandera de los Estados-Unidos desplegada al viento, tenía un aire tan elegante, tan gracioso y atrayente, que Tony Hogg, un verdadero lobo de mar, muy renombrado en la bahía de Massachussets, declaró en alta voz que el *Peerless* fascinaba y daba gana de embarcarse en él. Tony Hogg había navegado durante mucho tiempo en compañía de Kincardy: era un excelente marino y uno de los más diestros arponeros para perseguir las ballenas ó cachalotes.

Aunque era pequeño y rechoncho, y su rostro demasiado encendido por el abuso del whiskey, su mirada penetrante, sus expresivos gestos y su andar vivo y acompasado, denotaban un hombre valiente, de resolución y de fuerza. En una palabra, era un verdadero marinero yanqui, sin temor á nada, audaz, sereno y con sangre fría durante el peligro; aficionado á aventuras, bebedor y camorrista, con una fuerza hercúlea, lo que hacía fuese malo para enemigo. Los boxeadores más renombrados de Salem le tributaban una gran deferencia mezclada de temor y admiración. Así que se hallaba á bordo Tony Hogg, perdía todas sus malas cualidades; tan borracho y camorrista como era en saltando á tierra, se convertía en grave, serio y reflexivo en pisando el puente de un navío. Jamás hubo que reprenderle la menor falta en el servicio, y los capitanes balleneros con los que había navegado, le colmaban de elogios. Kincardy conocía á este hombre, y sabía que no debía desperdiciarse su experiencia. Además, con el ascendiente de su talento y de su inteligencia, dominaba por completo la ruda naturaleza de Tony Hogg, y hacía de él lo que quería. Era, pues, una excelente adquisición que había que conseguir á cualquier precio.

Así las cosas, un día, después de haber examinado el aparejo del *Peerless*, Roberto buscó al arponero y le encontró en una taberna disponiéndose á beber una pinta de brandy con algunos compañeros de su especie.

—¡Qué miro, voto al diablo! Es el capitán Kincardy,—exclamó gozoso Tony Hogg al aperebir á su antiguo jefe.—Capitán, ¿nos hareis el honor de beber con nosotros?

—Ya sabeis que no bebo nunca brandy.

—Y teneis razon, capitán; el brandy solo es bueno para los borrachos y gentes de nuestra ralea; pero podeis tomar alguna otra cosa... ¡Eh, mozo... eh, tabernero maldito, trae dos botellas de cerveza!

Llenó de ella su vaso el capitán, y le chocó con el de Tony Hogg y su compañero: sabía que este proceder halagaría al arponero.

—Vamos, capitán, otro vaso; esta cerveza se

* Véase el número anterior, pág. 124.

(1) Plaza de la ciudad.

bebe tan suavemente, que se estaría uno bebiendo hasta mañana.

—Tony, no he venido para beber, sino para hablar.

—Pues bien, capitán, no os incomodeis; ya os escucho.

—Tony, ¿estás libre? ¿puedes engancharte conmigo para un viaje de tres años?

—Libre como el aire, capitán; y con tal que las pagas sean regulares por si la pesca no da resultados, habremos terminado el enganche bien pronto.

—No es para la pesca para lo que te busco, y en cuanto á la paga, la fijarás tú en lo que quieras.

—¿Os burláis acaso? Soy un borracho que vendería la vida por unas cuantas botellas; pero no un imbécil. ¿Para qué habeis restaurado el *Peerless*, sino para sacar partido de él? Un americano, por rico que sea, no hace nada por nada.

—Perfectamente pensado, Tony; pero, ¿qué te importa lo que me propongo si te pago bien? Tengo necesidad de un hombre atrevido, diestro, experimentado, conocedor de las costumbres de la ballena, habituado á los rigores de los parajes que ella frecuenta, y habituado á las habilidades y peligros de la pesca. ¿Quieres ser de los míos, sí ó no?

—Sin embargo, capitán, es preciso saber...

—Todo lo sabrás, pero más tarde.

—Pero...

—Vaya, adios. Cuando me hablen de tí, diré que el brandy te ha embrutecido y que no eres el Tony Hogg de otro tiempo; que temes el mar: que eres un imbécil, pues desechas las mejores proposiciones que te han hecho en la vida; y, por último, que prefieres morir en una cama de un hospital y ser enterrado en un palmo de tierra como lo sería un perro, á tener por sepultura el vientre de un tiburón, sepultura que envidia todo buen marino. Tony Hogg, adios.

Y Kincardy se dirigió hacia la puerta.

—Capitán,—gritó Tony,—ya sabeis que os respeto, pero que nadie impunemente me injuria como acabais de hacerlo. A fe de Tony, si otro que vos lo hubiese hecho, le aplastaría como aplasto esto.

Y Tony Hogg dió un puñetazo á un banco, haciéndolo astillas.

—Pero,—continuó volviéndose á sentar tranquilamente,—es preciso que un cristiano sepa lo que se exige de él. Vamos, capitán, decidme el destino del *Peerless* y el papel que me está reservado á bordo. Si me agrada, asunto concluido, y seré de los vuestros.

—No te embarcarás en el *Peerless*; por lo tanto es inútil que conozcas su destino.

—No os comprendo.

—Irás al mar de Behring, y yo estaré á tu lado. Es cuanto puedo decirte por ahora.

—¿Me aseguráis, capitán, que os acompañaré, que navegaremos juntos y que no nos separaremos?

—Sí.

—Pues bien, entonces estoy á vuestras ordenes. Desde el momento que he de estar con vos, no pido más explicaciones; eso me basta, y podemos ir hasta el polo si quereis. En cuanto á la paga, lo que vos queráis; me fío de vuestra generosidad.

Tony Hogg firmó un enganche por tres años, y esperó las ordenes de su capitán.

Tan pronto como el *Peerless* fué reparado y pudo lanzarse al mar sin peligro, un piloto lo condujo á Boston. Allí Roberto Kincardy, ayudado por Tony Hogg, completó la tripulación, nombró comandante al capitán Phipps, uno de sus compañeros, y empezó el embarque del cargamento. A pesar de la perspicacia y curiosidad de los marineros, ninguno pudo averiguar de qué se componía. Todos los bultos iban cuidadosamente envueltos y ocultos á toda mirada indiscreta.

El 10 de Noviembre el *Peerless* abandonó á Boston y se trasladó á Nueva-York.

En esta ciudad embarcó Kincardy multitud de cajas, fardos y objetos diversos, haciendo, por último, una buena provision de víveres. Cumplidos éstos requisitos, dispuso que el barco se diese á la mar el 1.º de Diciembre de 1872.

—Hé aquí vuestras instrucciones,—dijo al capitán Phipps:—costeareis la América, doblareis el cabo de Hornos y subireis hasta la isla de Silka, y anclareis en el puerto de Nuevo-Arcángel. Allí cargareis maderas, tableros y clavazon, y esperareis nuevas instrucciones. Tengo confianza en vuestra experiencia; el buque es seguro y velero; la tripulación escogida: efectúad el viaje lo más rápidamente posible, y quedareis contento de mí.

El *Peerless* se dió á la mar con un tiempo magnífico.

Roberto Kincardy, acompañando de Tony Hogg, volvió á Boston por el camino de hierro.

El arponero estaba curioso, y sentado en el wagon, revolviéndose á un lado y á otro, se agitaba, se movía, no podía estar quieto y parecía vivamente preocupado. Por fin, la curiosidad pudo más que su prudencia, y dió rienda suelta á su lengua.

—Ya que enviais el cargamento á Nuevo-Arcángel, que es un punto del Océano pacífico, ¿por qué no habeis escogido la vía de tierra por el *Central Pacific Railway* hasta San Francisco, ó bien la vía de Panamá? Hubierais economizado mucho dinero y ganado bastante tiempo.

—Ya lo sé, y cuando nosotros vayamos á reunirnos con el *Peerless* lo haremos tomando la vía *Central Pacific Railway*.

—Vuestro cargamento hubiera podido seguir el mismo camino.

—Es que tendré necesidad del *Peerless*. —

—¿Faltan acaso navíos en la costa Occidental? —

—No, seguramente; pero como no son de mi propiedad, no puedo disponer en absoluto de ellos. —

—¿Qué quereis hacer del *Peerless*? —

—Echarlo á pique. —

—*Good god!* ¿echarlo á pique? —

—Sí. —

Este *sí*, pronunciado con un tono seco y claro, terminó la conversacion; pero mientras duró el viaje Tony Hogg hablaba entre dientes, haciéndose las más extrañas reflexiones. Su monólogo concluyó de esta manera.

—Cuando uno compone sus buques es para conservarlos, pero para el capitán Kincardy está regla no es general. Consiento en no probar en mi vida una gota de brandy, si entiendo nada de esto. —

Si Tony Hogg estaba perplejo, ¿qué diremos de Antonio Picou? El buen servidor no sabía á qué santo encomendarse. En el momento en que le sonreían las esperanzas más halagüeñas; en el momento en que iba á alcanzar la dignidad de mayordomo, su suprema dicha, y navegar voluptuosamente en todas las dulzuras del descanso, estas bellas ilusiones de pronto habian desaparecido ó al ménos se habian alejado. Ahora sentía que su amo se hubiese fijado en miss Victoria: se arrepintió de los epítetos que la habia dado, y en su interior la llamaba dominante y coqueta. Sin embargo, la filosofía y bondad que caracterizaban á Picou dominaron su despecho y su disgusto. Despues de todo, tres años pronto pasan, y Picou era bastante jóven y robusto para poder esperar. Se prometió á sí mismo ganar el tiempo perdido y descansar á su gusto así que su amo se casase.

Pero cuando supo que se preparaba una expedicion á lejanos países, de la que debía formar parte; cuando supo que irian á invernar en el mar de Behring, sus adormecidos miedos volvieron á acometerle, torturando su espíritu. Habiendo pasado un invierno en San Petesburgo y otro en Halifax, en la Nueva Escocia, habia tomado profundo horror á todo país en que el frío se siente con rigor, y no podian tranquilizarle tales recuerdos. Y ¿acaso puede compararse el frío de esos dos puntos con el que se siente en los lugares hiperbóreos? —

Antonio Picou se veía convertido en un sorbete, atacado por los osos blancos, perdido en los bancos de hielo, devorado en alguna cueva, aplastado por algún témpano, sujeto, en fin, á todos los accidentes descritos por los exploradores de las regiones polares. A cada instante preguntaba á Tony Hogg: «Señor Tony Hogg, —le decía, pues sus inquietudes le hacían llevar el respeto al último límite: señor Tony Hogg, ¿está lejos el mar de Behring?—Señor Tony Hogg, ¿el hielo es espeso?—Señor Tony Hogg

por aquí, señor Tony Hogg por allá... Y no concluía jamás. El marino sonreía con sorna y aumentaba sus relatos con todos los peligros que su imaginación le sugería, pero á veces estaba de mal humor, y una brusca contestacion cortaba toda discusion. —

Con aire duro é impolitico, le dijo un dia: —

—Eres una gallina en pollos, Antonio. —

—No, Sr. Tony Hogg, —replicó con serenidad el tímido Picou, —soy simplemente un hombre friolero. —

CAPITULO IV.

ODISEA DE UN NEGRO.—EL *Swan*.—EXPLORACIONES DIVERSAS.—LA BAHÍA DE BRISTOL.—UN PUERTO BUSCADO CON AFAN Y ENCONTRADO CON FORTUNA. —

Roberto Kincardy dejó pasar el invierno y aguardó con calma la llegada de la primavera. Así que el primer rayo de sol alumbró los campos y empezó el deshielo, previno á su hermana, Máximo Montgeron, Tony Hogg y Antonio Picou que se aproximaba la hora de partir. Estos terminaron sus preparativos y se pusieron á las órdenes del capitán.

Miss Victoria suplicó á su hermano la dejase llevar consigo á uno de sus criados, á un negro llamado Tarquin, y que la adoraba, en cambio de los beneficios que de ella habia recibido.

La historia de Tarquin era semejante á la de todos los esclavos. Un monarca de Guinea le cambió por unas cuantas fruslerías, y le embarcaron en un buque negrero, llevándole, todavía niño, á la Carolina del Sur, donde fué vendido á un hacendado, que le vistió con una túnica de lanilla, le alimentó mal y le obligó á trabajar como una bestia de carga, sin dejar de pegarle y castigarle. La infancia y la adolescencia de Tarquin pasaron en la miseria, el sufrimiento y la opresion. Por fin, se revolvió contra la injusticia de la suerte, y se cansó de trabajar recibiendo latigazos como único salario. Un dia tomó la puerta y corrió á reunirse con los negros cimarrones que acampaban en las montañas Apalaches.

En el entretanto (1860), Charleston se sublevó contra la Union, y comenzó la guerra separatista. Tarquin se batió bizarramente contra los del Sur.

Aunque el Congreso abolió la esclavitud, no pudo desgraciadamente borrar las diferencias y prevenciones que los blancos tenían á los negros, y estos siguieron experimentando toda suerte de vejaciones. No se contentaban con ridiculizarlos y rebajarlos, sino que se los despreciaba abiertamente. Hoy dia gran número de americanos, llenos, segun creen, de caridad cristiana y filantropía, colocan al negro por bajo del bruto y le hablan siempre con una dureza insultante.

Para vivir, Tarquin se hizo pescador de perlas y buzo; pero el trabajo del buzo es muy penoso, y los hombres que le ejercen, tanto en Indias como

en América, enferman y no hacen los huesos viejos. A pesar de su robustez, el antiguo esclavo pagó su tributo al mal. Fué trasportado á Nueva-York y entregado á los cuidados de la casualidad. Débil, desfallecido y medio muerto, el pobre negro gastó bien pronto las pocas economías que tenía ahorradas. Entónces, errante por los campos, mendigando en las haciendas, viviendo de limosna, fué de ciudad en ciudad, llegando, por último, á Boston. Vino el invierno con su cortejo de nieve, viento y hielos, y se aumentaron los sufrimientos de Tarquin, le abandonaron las fuerzas y no le quedaba más que morir.

Un día, jamás el termómetro había bajado tanto, el negro, cansado de tanta miseria y privaciones, resolvió concluir con su vida. La nieve caía congelada, grandes nubes oscurecían el espacio y el viento Noroeste, seco, duro y helado, soplaba con gran violencia. Tarquin, temblando por la calentura y por el frío, se sentó en el quicio de la puerta de una casa deshabitada. Se envolvió en sus despedazados vestidos, se acurrucó y esperó. Con semejante tiempo, no se necesitaba mucho para helarse, y, sin embargo, á pesar de todos los dolores que había experimentado, á pesar de tantas penas como le habían atormentado, tuvo un momento de pesar, instante rápido como el relámpago, pero que le recordó su pasado, sus luchas y victorias con la adversidad, su valor en la desgracia, los horizontes infinitos de su tierra natal, de aquella Africa tan bien provista de luz y de calor, de aquella Africa con su espléndido sol y de que todavía se acordaba. Entónces dos lágrimas se escaparon de sus ojos y corrieron por sus salientes pómulos.

En aquel momento, miss Victoria Kincardy pasaba por allí. Venía de visitar á miss Clara Ana Halland. Cómodamente instalada en su trineo, cubierta de forradas pieles que la resguardaban de los rigores del frío, la jóven notó la profunda aflicción de Tarquin. Si en cuanto americana no debía condolerse gran cosa de la suerte del negro, era buena, y sabía que la verdadera caridad manda socorrer al desgraciado, cualquiera que sea la raza á que pertenezca y la condicion en que se halle. Hizo parar el trineo y mandó á uno de sus criados preguntase al negro por qué lloraba.

—Tengo frío,—contestó éste,—tengo hambre, sufrí mucho y quiero morir.

Esta respuesta conmovió á miss Victoria, que envió al negro una de las pieles con que se abrigaba el cocheró, y desapareció.

Algunos instantes despues el trineo volvió vacío, y Tarquin, casi desvanecido, sin fuerzas y medio helado, fué subido al vehículo y trasportado á la opulenta casa de Mulchisson, Kincardy y compañía, colocándosele en una abrigada habitacion de las

destinadas á los criados. Allí, al abrigo de la intemperie, confortablemente alojado, bien alimentado y cuidado, el negro se restableció poco á poco y llegó á ser el servidor más adepto de su bienhechora.

Entre los humildes y desheredados de la tierra, el reconocimiento no es una palabra vana. Era preciso ver á Tarquin cuando miss Victoria le daba alguna órden ó se dignaba dirigirle la palabra. Sus expresivos ojos brillaban, su boca sonreía, su fisonomía indicaba alegría infinita.

—Yo estoy aquí,—parecía decirle,—para velar por tí, querida bienhechora, para protegerte y quererte. Mi vida te pertenece: dispon de ella á tu antojo.

Ahora ya no puede extrañarnos que miss Victoria manifestase el deseo de llevar consigo al africano, puesto que podía contar con su cariño y adhesión. Roberto Kincardy consintió con gusto en ello, esperando sacar provechoso partido del vigor del hombre y de la habilidad del buzo.

Picou se alegró mucho de esta decision, porque hacía largo tiempo apreciaba las excelentes cualidades del negro. Con él, al menos, era posible hablar, sin exponerse á las bruscas é impolíticas salidas del Sr. Tony Hogg, aquel osó marino, bebedor de brandy y borracho incorregible. Además, Tarquin era un mozo de seis piés, con unos músculos como un Hércules, bravo entre los bravos, y sin miedo ante el peligro, uniendo á esto la dulzura del cordero, y estando dispuesto siempre á prestar su auxilio á los débiles y tímidos: y Picou, ya lo sabemos, era tímido en alto grado; así es que admiraba á Tarquin y no le hablaba más que colmándole de pomposos elogios: para él, era Tarquin el fuerte, Tarquin el ágil, Tarquin el grande, Tarquin el magnífico, y el bueno de Tarquin mostraba sus dientes blancos y reía como un bienaventurado.

El 20 de Marzo de 1873 Roberto Kincardy, miss Victoria, Máximo Montgeron, Tony Hogg, Antonio Picou y Tarquin abandonaron á Boston y tomaron asiento en un wagon que los llevó al Oeste. En siete ú ocho dias atravesaron Norte-América y llegaron á San Francisco sanos y salvos. En la capital de California, Roberto, que habia expedido sus órdenes á una agencia de armamentos marítimos, encontró á su disposicion un paquebot de vapor, de ochocientas toneladas, perfectamente aparejado, aprovisionado y equipado, dispuesto en una palabra á hacerse á la mar.

El mejor camarote del *Swan* (1), así se llamaba el paquebot, lo ocupó miss Victoria. Los otros viajeros se arreglaron como mejor pudieron con los marineros de á bordo. Picou escogió sitio al lado

(1) El Cisne.

de la máquina, para gozar cuanto más pudiera del suave calor que de ella se escapaba. El capitán Kincardy, inútil es decirlo, tomó el mando del *Swan*, y elevó á la categoría de segundo del buque á Tony Hogg.

El 5 de Abril el *Swan* abandonaba los muelles de San Francisco, franqueaba la Puerta de Oro (*Golden-Gate*), pequeño estrecho que comunica la mar con la bahía, y surcó las aguas del gran Océano Pacífico.

El viaje comenzaba bien. En el cielo no había nube alguna, la brisa soplaba suavemente y la ola era tranquila. Roberto Kincardy se alejó de tierra y puso francamente la proa al Norte. Durante algunos días costearon la América, después el Dominion-of-Canadá, y, por fin, las numerosas islas que rodean el Nuevo-Cornouailles y el Nuevo-Norfolk y que forman el archipiélago del príncipe de Galles y algún otro. Ningún accidente notable marcó este rápido viaje. Solamente la temperatura bajó bastante para hacer necesarios los vestidos de invierno. Entre los 50° y los 60° latitud Norte, fuertes turbonadas de lluvia, nieve y granizo cayeron sobre el buque; pero á bordo no hubo novedad. Los marineros, provistos de alimento fresco y sano, y de vestido y calzado á propósito, desafiaban la intemperie y ejecutaban las maniobras haciendo resonar al aire sus alegres canciones. Solo Picou estaba triste y afectado, á pesar de los consuelos que le prodigaban Máximo Montgeron, Tarquin y miss Victoria. Es verdad que Tony Hogg no dejaba de asustarle, pintándole las regiones hiperbóreas con los más negros colores.

Enfrente al monte Saint-Elie, gigantesco volcán (5.400 metros) que se eleva como un límite entre las posesiones americanas é inglesas, Kincardy hizo apagar las calderas del *Swan*, le puso á la vela y se aproximó al escarpado litoral de Alaska. Desde este momento avanzaba el barco lentamente y con excesiva prudencia. Muchas veces Roberto descendía á tierra ó se embarcaba en un bote para inspeccionar los golfos que penetraban tierra adentro y recorrer todas sus sinuosidades.

¿Buscaba un mar seguro y espacioso, un abrigo para el invierno ó un terreno á propósito para establecer una pesquería? Nadie lo sabía. Repitió numerosas veces sus exploraciones, y sin duda no encontró nada que le conviniese, porque después de haber visitado el golfo del Príncipe-William, una parte del de Cook, el estrecho de Cheligoff y los alrededores de las islas de Kenaitskaia, Alfognaek y Choummagin, dejó bruscamente la Península de Alaska, penetró en el mar de Behring por el estrecho de Isdnotski, y condujo al *Swan* á una ensenada de la bahía de Bristol, no lejos del fuerte Alejandro.

La bahía, ó más bien el golfo de Bristol, es la parte del mar de Behring comprendida entre el cabo Newenham y la casi isla Alaska. Las tierras que le cierran están violentamente cortadas por la acción de las aguas, y presentan una larga serie de puertos y radas naturales; abrigos que la industria humana hubiera aprovechado, si el rigor del clima no fuese un obstáculo invencible para el establecimiento de colonias y factorías. Sin embargo, la mar no se helaba, los hielos fijos se detenían en el estrecho de Behring. Cuando el frío era rigurosísimo, los bancos de hielo se extendían alguna vez hasta la isla de Nounivok (60° latitud Norte); pero jamás pasaban de allí. En cambio, al llegar á esta latitud ya era frecuente el encuentro de témpanos de hielo conducidos por las corrientes. Las riberas de la bahía de Bristol están habitadas por algunas tribus de Tchouktchis, que tienen los usos, costumbres y caracteres físicos de los Esquimales. Inútil es buscar en aquellos sitios ni una ciudad, ni siquiera una aldea de apariencia europea. Los cazadores de pieles se alojan en los *forts*, construcciones groseras que sirven de almacenes y depósitos, en los que se amontonan los productos de la caza y pesca, los víveres, municiones, pieles, etc., etc. Separados los unos de los otros por inmensidad de terreno, éstos fuertes no tienen comunicación con el mundo civilizado mas que durante el verano, muy corto en aquellas regiones, es decir, cuando el deshielo ha desembarazado todos los lados y un buque puede pasar sin riesgo alguno.

Roberto Kincardy y los tripulantes del *Swan* entraron en relaciones directas con los habitantes del fuerte Alejandro y con el factor principal que estaba al frente del mismo. Picou se tranquilizó por completo, y aún se permitió hacer rabiar al señor Tony Hogg. En efecto, el sol de Junio derretía las nieves y hielos y calentaba la atmósfera: la vegetación empezaba á aparecer, aunque muy mísera y reducida á algunos chaparros, brezos, pinos, sauces y abedules, que no pasaban de ser unos raquíticos arbustos; pero el verde cubría la árida roca, al mismo tiempo que borraba las negras impresiones del criado francés.

El capitán Kincardy descendía frecuentemente á tierra é inspeccionaba aquellos contornos, siguiendo, durante dos semanas, sus investigaciones con una perseverancia y una actividad que sorprendían á los marinos del *Swan*, y al mismo Tony Hogg, porque nadie sabía lo que se proponía. Por fin, en los primeros días del mes de Julio examinó atentamente una regular ensenada situada á media legua al Norte del fuerte Alejandro: calculó aproximadamente su superficie y su profundidad, estudió la naturaleza del agua, del fondo de las rocas que la formaban; preguntó á los comerciantes y Tchoukt-

chis una porcion de noticias acerca de aquel sitio; se informó de los pescados que se cogían en aquellas ensenadas, de los moluscos que en la misma había, de las plantas acuáticas que la poblaban, de su temperatura ordinaria durante el invierno; se aseguró de que jamás la obstruían los hielos, y exclamó gozosamente:

—¡Al fin la encontré!

La tarde misma de aquel memorable día Roberto Kincardy, miss Victoria, Máximo Montgeron, Antonio Picou, Tony Hogg y Tarquin se instalaron en el fuerte Alejandro. El *Swan* se alejó con rumbo al puerto de Nuevo-Arcángel, para llevar instrucciones al capitán Phipps, que, según se le había prevenido, debía haber anclado allí.

A. BROWN.

(Continuará).

LA SORTIJA.

ESCENA PRIMERA.

Son las cuatro de la tarde. El teatro representa el gabinete de tocador de la condesa de Montes Altos, hermosa mujer de cuarenta años.

La condesa.—A la verdad, Jorge mio, preciso es que yo te ame mucho para olvidar hasta este punto mis deberes conyugales. ¡Ah! ¡Déjame que oculte mi rubor en tu seno!

Su Jorge.—Ocultá, hija, oculta.

La condesa.—¡Parece que estás preocupado, Jorge mio! ¿Qué es lo que arruga tu frente? ¡Oh, Dios! ¡Alguna desgracia te amenaza!

Su Jorge.—No tal.

La condesa.—Es que, ya tú ves, cualquier cosa me asusta; ¡te quiero tanto!

Su Jorge (aparte).—¡Y Adela que me aguarda en mi casa á las cuatro y media!

La condesa.—¡Qué bello eres, Jorge mio! ¡Qué distinguido! No hay quien como tú sepa llevar una corbata de color de rosa. Quiero enviarte una docena.

Su Jorge.—Nada de gastos. (Aparte.) ¡Las cuatro y veinte!

La condesa.—No haces más que mirar al reloj. Acabaré por creer que mi Jorge tiene una cita.

Su Jorge.—¿Una cita?... Si tal, tengo una cita para tratar de negocios con mi banquero, que vive en la calle del Pedrusco. Conque permíteme...

La condesa.—¿Qué has hecho del reloj que te regalé?

Su Jorge.—¿Cómo? ¿No le traigo? Se me habrá quedado colgado junto á mi cabecera.

La condesa (suspirando).—Anda á tu cita, amigo

mio; vé á tratar de tus negocios. ¡Ah! ¡Si fuera una mujer quien te aguardase!

Su Jorge.—No hay peligro.

La condesa.—Si alguna rival intentara arrebatarte á mi cariño, no sé lo que haría. ¡Aun no me conoces! ¡Cuidado conmigo! ¡Pero qué estoy diciendo? Tú no amas á nadie mas que á mí y nunca amarás á nadie mas que á mí, ¿no es verdad, noble Jorge mio?

Su Jorge.—Naturalmente.

La condesa.—Jorge es de su Herminia, como Herminia es de su Jorge.

Su Jorge (aparte).—¡Qué pesadez! (Alto.) Adios.

La condesa.—Aguarda, Jorge, hoy estamos á 8 de Noviembre.

Su Jorge.—¿Y qué?

La condesa (con emocion).—¿No te recuerda nada esta fecha?

Su Jorge.—Creí que estábamos á 9.

La condesa.—¡Olvidadizo! Hoy es el aniversario de nuestro conocimiento, de nuestras culpables relaciones.

Su Jorge.—¡No es posible!

La condesa.—Acepta esta sortija como recuerdo de un día que no podremos borrar de nuestra memoria.

Su Jorge.—¿Una sortija?

La condesa.—Muy sencilla. Quiero colocártela yo misma. ¡Si esta sortija no puede desposarnos ante los hombres, que nos despose ante Dios!

Su Jorge (aparte).—No podré ya evitar un enfado de Adela.

La condesa.—Y ahora; véte, Jorge; vé á tus ocupaciones. No quiero ser un obstáculo en tu vida; no quiero que se diga de mí: «Esa mujer ha destruido el porvenir de ese jóven.» ¡Ah! Es que yo no te amo con amor egoista. Volverás el sábado á la misma hora.

Su Jorge.—Yo hubiera preferido volver el lunes.

La condesa.—¿Por qué?

Su Jorge.—Por nada... vendré el sábado... Pero ¿y tu marido?

La condesa.—Nada temas; haré que se marche, como siempre.

Su Jorge.—Hasta el sábado, pues. Adios, hermosa condesa. (Sale.)

La condesa (asomándose á la ventana para verle salir).—¡Qué gracioso es mi Jorge! ¡Y qué elegante!

El conde de Montes Altos (que entra diez minutos despues).—Buenos días, amiga mia. ¿No ha venido nadie mientras he estado fuera?

La condesa.—Sí tal... Ahí ha estado ese jóven que tiene tantas ganas de verte... M. Jorge Mac Interlop.

El conde.—¿Es extraño! Hace diez y ocho meses que ese caballero tiene una carta de recomendacion para mí y aun no ha conseguido entregármela.

La condesa (con indiferencia).—Nunca te encuentra en casa.

ESCENA II.

Son las cinco y media de la tarde. El teatro representa la habitación de Jorge en una fonda de segundo orden. Adela, joven modista, se encuentra sola en el momento de comenzar la escena.

Jorge (entrando muy sofocado).—¡Te juro que no ha sido por mi culpa la tardanza, Adela mia! ¡Uf!

Su Adela.—¡Gracias mil! Habré tenido yo la culpa entonces. ¡Nada menos que una hora de retraso! ¡Qué dirá la maestra cuando me presente en el obrador?

Jorge.—¡Si supieras lo que he corrido! Estoy aplastado, hija.

Su Adela.—Y para correr de un lado para otro te vistes con traje de baile. ¡A otra con esa!

Jorge.—He ido al entierro de un amigo.

Su Adela (cantando).—

Eres turco,
No te creo.

Si hubieras ido á un entierro, olerías á vino... Acércate, hazme el favor. ¿A qué diablos hueles? Ya gastas almizcle como las viejas.

Jorge (aparte).—¡El perfume que Herminia prefiere! ¡Profanación!

Su Adela.—Bien sabes que te he prohibido usar más perfumes que el patchouly.

Jorge.—Perdóname, que no lo haré más: perdóname, Adela de mis entrañas.

Su Adela.—No me da la gana. Tú me tratas como á una cualquiera. Estamos ya á principios de invierno y no me has desempeñado el manton.

Jorge.—¿Acaso he desempeñado yo mi reloj? Vamos, abrázame. (La coge las manos y pretende sentarla sobre sus rodillas.)

Su Adela.—¿Que me haces daño! ¿Qué tienes en la mano? ¡Una sortija nueva!

Jorge (aparte).—Me pescó.

Su Adela.—¡Pues si es un brillante!

Jorge.—¿Qué ha de ser! Un pedazo de vidrio.

Su Adela.—Déjame que me la pruebe. Me está como si se hubiera hecho para mí. ¡Gracias, Jorge!

Jorge.—¡Basta de bromas! Trae esa sortija.

Su Adela.—Si dices que no es más que un pedazo de vidrio, bien puedes regalármela. ¿Qué se diría si no?

Jorge.—Esa sortija es de mi madre.

Su Adela.—¡Te veo! ¿Y cómo tu madre no la lleva?

Jorge.—Me la ha dado para que mande grabar en ella.

Su Adela.—Sus iniciales, ¿no es verdad? Yo sé de un grabador que te llevará poco dinero. Adios, que se me hace tarde.

Jorge.—¿Quieres devolverme la sortija?

Su Adela.—La maestra debe estar furiosa. Segura estoy de que me echará una buena peluca. Y tú tendrás la culpa. (Se arregla el peinado frente á un espejo.)

Jorge.—Vamos, niña, sé razonable. Tú no querás que yo me enfade.

Su Adela.—Quisiera verlo. (Se dirige hácia la puerta.)

Jorge (impidiéndola el paso).—Adela: á la una, á las dos... ¡Vamos!

Su Adela.—Que no, te digo (corriendo por la habitación). Antes me romperás el dedo. ¡Ay! ¡Mira que grito! Mañana te la devolveré; ¡de veras!

Jorge.—¿De veras?

Su Adela.—Pero déjame. ¡Qué mónstruo! Me has hecho un cardenal. (Abre la puerta.) Tengo capri cho por la sortija. (Desaparece.)

Jorge (persiguiéndola).—¡Adela!

Su Adela (en la escalera).—Adios.

Jorge (solo).—Después de todo, tanto peor para la condesa. Ya encontraré una excusa.

ESCENA III.

Son las seis y media. El teatro representa la trastienda de la señora Baltasara, prestamista.

Adela (entrando).—¿Está usted sola?

Baltasara.—Sí, chiquita, sí. ¿Qué me mandas?

Adela (quitándose la sortija).—¿Cuánto vale esto?

Baltasara.—¡Caramba, chica, y qué guijarros recoges! Que sea enhorabuena. Parece que la costura produce.

Adela.—Conque ¿cuánto vale?

Baltasara.—A mí no me engañas. Tú sales ahora de casa del joyero y sabes el precio de la alhaja.

Adela.—¿Y qué mal hay en ello?

Baltasara.—Es que yo no puedo dar por la sortija lo que daría por ella el joyero.

Adela.—¿Pero cuánto da usted?

Baltasara.—Por ser cosa tuya, daré hasta veinte duros.

Adela (colocándose en el dedo la sortija).—¡Cuidado no se pierda usted!

Baltasara.—Sí, sería preferible tratar con el joyero, que es mucho más generoso, más espléndido; pero el joyero es curioso; quiere saberlo todo; exige documentos, y á veces pasa á domicilio á pagar lo que compra; mientras que yo nada pregunto... nada quiero saber.

Adela.—Es que no es lo que usted se figura. ¡Esta sortija procede de Jorge!

Baltasara.—¡Oh! Entonces es muy sencillo. Que te acompañe Jorge á casa del joyero. (Momento de silencio.)

Adela (turbada).—¿Conque no hacemos nada, señora Baltasara?

Baltasara.—Yo no he dicho eso, hija mia.

Adela.—¡Veinte duros! Más darían en el Monte de Piedad.

Baltasara.—Entendámonos. Tú me debes cuarenta y ocho reales por el empeño de tu manton; ¿no es eso? Bien. Treinta y dos por tu vestido escocés. Cuarenta y ocho y treinta y dos hacen ochenta. Mas una onza de oro por el empeño del reloj de tu hombre. Total, cuatrocientos reales.

Adela.—Sí, pero...

Baltasara.—Déjame acabar. Te devuelvo el manton, el vestido y el reloj. Además... ya ves si soy buena, te regalaré un sombrero muy bonito que no ha sido puesto dos veces siquiera, y que he de ir á buscar dentro de un rato con otras cosas á casa de Elisa Torcaz, mi mejor parroquiana. Además, podrás elegir dos pares de botinas entre las que tengo aquí. ¡Me parece que sé portarme bien!

Adela.—Y diez duros en dinero.

Baltasara.—Eso si que no!

Adela.—Entonces me voy.

Baltasara.—Pero ven acá, desagradecida, ¡si no gano nada!

Adela.—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

Baltasara.—Seis duros, y no se hable más del asunto.

Adela.—No, señora.

Baltasara.—Pues bien, ¡dvéte; prefiero que te vayas.

Adela.—Déme usted ocho, y ahí va la sortija.

Baltasara. (cogiéndola).—Ya no están de moda los diamantes: nadie los lleva. Voy á buscarte tus prendas... Y tu niño, ¿cómo sigue?

Adela.—Le tengo criándose en Saint-Denis, señora Baltasara. Estos días ha estado bastante malo.

Baltasara.—Eso es la dentición.

ESCENA IV.

Son las doce de la noche, dadas. El teatro representa un gabinete reservado del restaurant del boulevard, donde la célebre Elisa Torcaz cena con varias amigas suyas.

Un mozo (entrando).—El señor marqués del Azar quiere entrar á saludar á las señoras.

Elisa.—Pepe, ya te hemos prohibido que dejes entrar á ningún hombre. Que pèrdone el marqués y que nos deje en paz.

Blanca, Camila, Ernestina.—Eso es, nada de hombres; ¡Mueran los hombres!

Nancy.—No sirven más que de estorbo.

Elisa.—¡Pepe! ¡Un sorbete!

Camila.—¡Pepe! ¡Cigarros!

Blanca.—¡Pepe! ¡Una botella de Champagne frappé!

Ernestina.—¡Pepe! ¡El café! ¡Los licores! ¡La chartreuse!

Camila (á Elisa).—¡Qué diamante tan bonito! ¿Desde cuándo lo tienes?

Elisa.—Desde esta noche.

Camila (tristemente).—¡Tú, si que tienes suerte!

Elisa.—Se lo he comprado á la prendera. Tengo cuenta abierta con ella. ¡Pepe! (Se lleva al mozo al rincón del gabinete.) Vendrás á casa mañana por la mañana con la cuenta.

El mozo.—Está bien, señora.

Elisa.—A las once.

El mozo.—Sí, señora.

Elisa.—Insistirás para que yo te reciba. Quizá esté un señor conmigo.

El mozo.—La señora puede contar con mi discreción.

Elisa.—Eres un necio. Hablarás muy alto, por el contrario. Dirás que me llevas esta sortija que te he dejado en prenda. Tómala. ¿Me has entendido?

El mozo.—Sí, señora.

Elisa.—¡Gracias á Dios! Tráeme ahora tabaco turco.

El mozo (vacilando).—Señora.

Elisa.—¿Qué?

El mozo.—Es que está en el pasillo el señor de Chapines que solicita el favor.

Elisa (con severidad).—¿Qué te he dicho; Pepe?

Todas.—¡Abajo los hombres!

ESCENA V.

Son las once de la mañana siguiente.

El teatro representa el dormitorio de Elisa Torcaz, donde se halla de visita el señor conde de Montes-Altos.

El conde.—¡Ah! ¡Si estuviera seguro de tu amor, Elisa!

Elisa.—¿Y puedes dudarle, Pablo, después de los sacrificios que he hecho por tí?

Una doncella (entrando).—Señora...

Elisa.—¿Qué pasa, Victoria?

La doncella.—Es que...

Elisa.—Habla. Ya sabes que no tengo secretos para el señor conde.

La doncella.—Pues bien, señora, ahí está un mozo de la *Maison Dorée*.

Elisa.—¡Ah! Sí, ya sé lo que es. ¿Que pase!

El conde (con asombro).—¿La *Maison Dorée*?

Elisa.—¿Vas ya á tener celos? Pues es muy sencillo lo ocurrido. Ayer noche, al salir de Variedades,

convidé á tres ó cuatro amigas mías á tomar un bocado. Tomamos unas frioleras. Había olvidado mi porta-monedas y dejé en prenda lo primero que se me ocurrió. Ahora lo traerá el mozo, probablemente.

El conde.—¡Siempre loca! (El mozo entra.)

Elisa.—¡Ah! ¿Eres tú? (Al conde.) Pablo, ¡dale quince duros!

El conde (haciendo un gesto).—¡Quince duros de frioleras! ¡Diantre!

Elisa.—Quince ó diez y seis; no lo sé á punto fijo. ¿Traes la cuenta, mozo?

El mozo.—Aquí están la cuenta y la sortija, señora.

El conde (después de pagar).—Veamos esa sortija. Es bonita, sí, señor, muy bonita.

Elisa.—¿La quieres?

El conde.—¿Qué quieres en cambio?

Elisa.—Demasiado lo sabes, el pañuelo de cachemira... ¿Eh?

El conde.—¡Oh! ¡Oh!

Elisa.—No te arruinarás por eso.

El conde.—¡Con tal que estuviera seguro de tu amor, Elisa!

Elisa.—¿Y puedes dudar, Pablo, después de los sacrificios que he hecho por tí?

ESCENA VI Y ÚLTIMA.

Las doce y media del mismo día. El teatro representa el gabinete de tocador de la señora condesa de Montes-Altos. La decoración de la escena primera.

El conde.—Felices días, amiga mía. ¿Qué tal estás? ¡Tanto mejor! A propósito... Siempre me estás reprendiendo por mi falta de galantería. Quiero probarte hoy que he sido sensible á tus reconvencciones. Dígnate aceptar esta joya.

La condesa (con estupor, aparte).—¡Mi sortija!

CÁRLOS MONSELET.

MISCELÁNEA

Fuerza de los volcanes.

El monte más elevado de la cordillera de los Andes, el Cotopaxi, en 1738 arrojó sus bocas de fuego á 3.000 piés de elevación sobre su cráter, mientras que en 1744 las materias combustibles pugnaban en busca de una salida, rugían con tan formidable estrépito, que sus detonaciones se oían á más de 600 millas de distancia.

En 1797, el cráter de Tunguragua, otro de los más elevados picos de los Andes, arrojó raudales de betún, abrió lagunas, y en valles anchos de 1.000 piés practicó honduras de 6.000 piés.

La corriente de hirviente lava que brotó del Vesubio en 1737, pasando por Torre del Greco, contuvo 33.600.000 piés cúbicos de materia sólida. Y en 1794, cuando por segunda vez quedó destruida la misma torre, la masa de lava ascendió á 45.000.000 de piés cúbicos. En 1679, el Etna despidió un raudal que se extendió en un espacio de 80 millas cua-

dradas, midiendo próximamente 100.000.000 de piés cúbicos: en esta ocasión el amontonamiento de las arenas y la escoria formó el Monte Rosi, cerca de Nicolosi, un cono de dos millas de circunferencia en su base y 4.000 piés de elevación.

El raudal emanado del Etna en 1810 adelantó ganando terreno á razón de una vara cada día sin interrupción por espacio de nueve meses.

Echando una mirada retrospectiva á edades más remotas, recordaremos que en la erupción del Vesubio, A. D. 79, las escorias y cenizas amontonadas sobrepusieron el volúmen de la actual montaña.

Es pasmoso, casi increíble, si bien histórico, que el Vesubio ha lanzado á veces sus cenizas á fabulosas distancias, habiendo llegado hasta Constantinopla, Siria y Egipto; ha despedido piedras de 8 libras de peso hasta el mismo Pompeya, distante seis millas, mientras que peñas igualmente considerables subían por los aires, ascendiendo á 2.000 piés de superficie.

El Cotopaxi ha llegado á proyectar una cantera de 109 varas cúbicas de volúmen á distancia de nueve millas.

El Sumbawa en 1815, durante una erupción de las más horribles que recuerdan los mortales, arrojó sus cenizas hasta Java, una distancia de 300 millas; y de una población de 12.000 habitantes, sólo escaparon 20 personas.

Por último, el Stromboli, en 1830, anunció una de sus grandes erupciones, precedida de ruidos muy extraños y estrepitosos, con acompañamiento de violentas sacudidas de tierra; después de haber lanzado por espacio de veinte días su candente lava, tuvo una transformación instantánea para comenzar á arrojar á increíble distancia chorros de una agua caliente y cenagosa once días consecutivos, causando desgracias en algunas aldeas que se hallaban bastante apartadas de aquellos contornos.

Estos grandes desahogos que de vez en cuando tiene la tierra que pisamos, es lo que nos ha librado de haber saltado como una bomba por el aire.

Un pozo extraordinario.

Existe un pozo artesiano muy curioso en Cherry-tree, del Estado de Indiana. Mide 260 piés de profundidad, el agua es ligeramente catártica, limpia perfectamente, suaviza la piel, es fría y muy clara. Cuando se la revuelve en un vaso, es blanca como leche. También se escapa del agua un gas que luego que se recoge, arde con llama brillante de dos colores distintos, una gítoria azul, la otra en forma de pequeñas lenguas amarillas.